

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Made in USA

Incursión por parte del autor en la gran cantidad de literatura que produjo la llamada Guerra de Vietnam. La novela no es un argumento «de guerra», es decir, de batallas y escaramuzas, ni siquiera de encerronas en la jungla protagonizadas por guerrilleros de los bandos contendientes, sino de espionaje.



Lou Carrigan

Made in USA

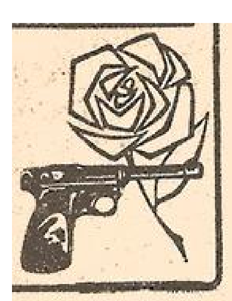
Brigitte en acción - 46

ePub r1.0
Titivillus 29.06.2017

Lou Carrigan, 1966
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

Había en el *nightclub* un mago chino que estaba haciendo maravillas. Nada de atar y desatar pañuelos de varios colores, o sacar una baraja completa de sus orejas.

Lo hacía mucho mejor.

Por ejemplo, había convertido una flor de cerezo en un teléfono, y, ante el asombro de todos, con ese teléfono se había puesto en comunicación con varios de los clientes de la sala, los cuales habían contestado a la llamada por medio del teléfono conectado a sus respectivas mesas.

Quien más entusiasmada estaba y más a gusto parecía aplaudir era una pelirroja que estaba sola en una mesa, con una botella de champaña ante ella. Una pelirroja americana, de grandes ojos y boquita dulce y sonriente… Bueno, se suponía que los ojos debían de ser grandes, ya que los gruesos cristales de sus lentes delataban su miopía y convertían los ojos en dos pequeños puntitos brillantes.

Lástima.

Por lo demás, la pelirroja, con su vestido de noche negro, elegante, simpáticamente escotado, parecía una hermosa mujer…

Sí… Lástima que no parecía ver muy bien.

Pero aplaudía con todas sus fuerzas la última actuación del mago chino, sonriendo, mirando a su alrededor como preguntando algo parecido a esto: «¿Verdad que es maravilloso ese mago?».

Y el mago abandonó el escenario, por fin. Entonces el escenario retrocedió hacia la pared del fondo hasta quedar completamente encajado en ella, dejando así libre la pista para bailar, con lo cual la expresión de la pelirroja se tornó un poco triste, un poco nostálgica. La expresión de quien sabe que nadie va a pedirle un solo baile. Además, allí casi todo el mundo iba acompañado… Era un lugar más bien selecto, tranquilo, y la diversión, en pleno Tokio, se tomaba con mucha moderación.

Los camareros japoneses se deslizaban con una elegancia impecable por entre las mesitas redondas, la luz era indirecta, de un tono rosado, las voces apenas se oían… Casi todas las meses estaban ocupadas: japoneses, europeos, americanos…

Pero todos acompañados…

No.

Todos no.

Precisamente, a poco de terminar el mago chino su actuación, de una mesa se levantó un hombre, y la pelirroja lo miró, como sorprendida de percatarse de que estaba solo. Y por si esto fuera poco, el hombre estaba caminando hacia su mesita…

La pelirroja alzó la barbillita, tan delicada, y compuso una sonrisa cortés y simpática… Pero el hombre pasó por su lado, sin tan siquiera mirarla y continuó hacia una puertecita acolchada que había a un lado de la pista, junto al desaparecido escenario. Y entró por allí.

La pelirroja parecía decepcionada, pero de pronto tomó una resolución, con gesto decidido. Recogió su bolsito, se puso en pie y se fue detrás de aquel hombre alto y apuesto, pasando por la misma puertecita acolchada. Se encontró en un corto pasillo, bien iluminado, que enseguida giraba hacia la izquierda. Llegó a la esquina, se asomó brevísimamente…, y todavía pudo ver al hombre entrando en uno de los camerinos que daban a aquel otro pasillo, más amplio y todavía más iluminado.

Con toda decisión, la pelirroja fue hacia allá, abrió la puerta, entró…, y se quedó mirando muy «asombrada» a aquel hombre, que se había vuelto hacia la puerta rápidamente.

—¿Quién es usted? —masculló el hombre—. ¿Qué quiere?

—Perdone —se turbó la pelirroja—. Creo… creo que me he equivocado… Estoy buscando a una amiga que… que trabaja aquí…

—Este camerino está desocupado ahora. ¿A qué amiga se refiere usted?

—Oh, ella… ella se llama Nora O’Leary…

—¿Nora O’Leary? Me parece que no trabaja aquí. De todos modos, vaya a la gerencia y allí se lo dirán.

—Sí… Sí, gracias… Perdone… Quizá me he equivocado de… de *nightclub*… Me apunté la dirección en un papel cuando Nora me la

dio por teléfono desde su hotel…

Abrió el bolsito, sacó un papel y lo tendió al hombre, que se acercó de mala gana, impaciente, nervioso. Cogió el papel, lo desdobló…, y se quedó mirándolo atónito. Estaba en blanco. Le dio la vuelta, otra vuelta más…

—Oiga, ¿qué broma…?

Lo del papel puede que fuese una broma, pero no era ninguna clase de broma la cuchillada que recibió en pleno hígado. El hombre gimió contenidamente, casi sin aliento; soltó el papel, dio un paso atrás, tambaleante, y sus ojos quedaron fijos en los de la pelirroja… No en los cristales gruesos de los lentes, sino en aquellos enormes ojos congelados, ya que los lentes habían sido alzados hacia la frente…

El hombre recibió la segunda cuchillada cuando intentaba llevar la mano derecha al sobaco izquierdo, entre agonizante y estupefacto.

Gimió otra vez, más débilmente, y se vino al suelo de rodillas.

En esa postura recibió la tercera cuchillada en los riñones, con tal violencia, que la navaja que estaba manejando la pelirroja quedó fuertemente hundida, hincada en la carne, más allá del límite del mango… Y el hombre se vino al suelo, quedando tendido de bruces, inmóvil, con la navaja clavada en los riñones.

La pelirroja se quitó entonces uno de los finísimos guantes y puso dos deditos en la garganta del acuchillado individuo.

Okay, estaba muerto y bien muerto.

O tal vez sería mejor decir mal muerto.

Entonces, la pelirroja se puso de nuevo el guante, recogió el papel blanco del suelo, sonriendo, y lo guardó en el bolsito. Se acercó a la ventana del camerino y echó un rápido vistazo afuera, todavía con los lentes alzados hasta la frente. Era un pequeño jardín, con un par de estanques con peces de colores, como muy bien sabía ya. Había una docena de almendros, algunos crisantemos… Todo muy típico y bonito, en aquel jardín interior del *nightclub*, que estaba solitario entonces, como también había calculado la pelirroja… La cual se descolgó por la ventana, quedó un par de segundos asida al alféizar y luego se soltó, cayendo con gimnástica precisión desde casi tres metros de altura.

Rebotó en las puntas de sus piececitos, saltó hacia un lado,

quedó sentada, y miró hacia la ventana, sonriendo.

Luego se puso en pie y corrió hacia el fondo del jardín…

* * *

Arriba, apenas tres minutos más tarde, el mago chino entraba en el camerino. Inmediatamente vio al hombre blanco tendido en el suelo, y vio, ¡cómo no!, la navaja clavada en su espalda. Impávido su oriental rostro, el mago chino se acercó al hombre, le tomó el puso en una muñeca… Es decir, intentó tomárselo, ya que no existía. Convencido de la total condición de cadáver del hombre blanco, el mago chino salió del camerino, sin alterarse, sin correr.

Cerró la puerta, recorrió el pasillo hacia el extremo opuesto por el que habían llegado la pelirroja y el hombre ya muerto, y quedó ante el teléfono. Subió la mano hacia el auricular…, y la bajó de pronto.

Se alejó de allí con sus pasos menudos y vivos, hacia la salida de artistas. Diez segundos después estaba en la calle, con la pistola en la mano derecha, metida en un bolsillo de su chaqueta de magnífico corte americano. El kimono había quedado en una percha, en el camerino.

Miró a ambos lados, no vio a nadie y dio un par de pasos. Se volvió de pronto, brillantes sus astutos ojos orientales. Nadie. Apretó el paso hacia la avenida Kioto y al llegar allá vigiló de nuevo a su alrededor. Era muy poco probable que alguien hubiese podido esconderse con aquella iluminación vivísima de diversos colores de los anuncios, aparte de la normal en la avenida.

Siempre impenetrable la expresión, el mago chino cruzó la avenida, llegó al *parking*, luego a su coche, y se metió dentro rápidamente. Dejando la pistola en el bolsillo de la chaqueta, llevó la mano hacia uno de los compartimientos del tablier, lo abrió, y estuvo a punto de tomar el auricular del radioteléfono.

Sólo estuvo a punto. Sólo eso.

Por detrás de él, de pronto, aparecieron dos manos chiquitas, enguantadas en negro, cada una de las cuales sujetaba el extremo de un cordón de plástico cuya solidez quedó demostrada: la cabeza del mago chino fue atraída rudamente hacia atrás por el tirón que recibió con el cordón de plástico que apretaba su garganta.

La mano derecha del chino fue hacia la pistola, la sacó…, y mientras apenas tenía tiempo de notar un brevísimo alivio en la garganta, recibía un golpe en la muñeca que hizo caer la pistola al piso del coche.

Inmediatamente, la presión del cuello se reanudó, aumentando, aumentando, aumentando… La faz amarillenta iba tomando los colores de los anuncios luminosos: rojo, verde, azul, blanco… Y los oblicuos ojos, que iban sobresaliendo de las órbitas, veían atrás, por el retrovisor, aquellos cabellos rojos, aquellos gruesos cristales de los lentes para miope.

Pronto dejó de ver nada: ni cabellos rojos, ni lentes, ni colores rojo, verde, azul, blanco… Todo fue negro un instante. Luego, nadie lo sabe. El mago chino no tuvo ninguna oportunidad para hacer un truco que salvase su vida.

Pero la pelirroja sí parecía en disposición de hacer algún truco mágico. Abrió la impecable chaqueta del chino, desde atrás, y lo registró. Fue palpando el torso, hasta llegar a la cintura; allí encontró aquel pequeño objeto rectangular, del tamaño de un paquete de cigarrillos. Lo cogió, quitó la funda de cuero, y se quedó mirando con curiosidad aquel pequeño aparato brillante, tras alzar los lentes hacia la frente. Por fin, encogió los hombros, guardó aquel objeto en el bolsito y salió del automóvil, por la puerta que daba al interior del *parking*, alejándose de él agachada, sigilosa, cautelosamente.

Salió poco después a la avenida Kioto, caminó unos doscientos metros, paró un taxi, entró, y dijo, sonriendo dulcemente:

—Embassy Hotel, por favor.

* * *

Entró en el hotel caminando graciosamente hacia la conserjería. El empleado, un japonés de atuendo y modales impecables, se la quedó mirando amablemente.

—¿Ya de vuelta, señorita Stevens?

—Sí… ¿Hay algo para mí?

—No, lo siento. Espero que se haya divertido.

—Pues… Bueno, sí, un poco. Pero a mi manera. Hay pocas cosas que una chica decente pueda hacer sola en Tokio… Quisiera una

conferencia con Estados Unidos, lo más pronto posible. ¿Diez minutos?

—Lo intentaré. ¿A quién quiere llamar?

La pelirroja apuntó la dirección en un papel y lo tendió el empleado del Embassy.

—Estaré en mi *suite*. Por favor, póngame allá la comunicación apenas la consiga.

—Por supuesto. Buenas noches, señorita Stevens.

—Buenas noches.

La pelirroja fue al ascensor, subió hasta el piso octavo, salió al pasillo, abrió una de las puertas que daban a éste, y entró en la lujosa *suite*.

Sin molestarse en dar la luz fue hacia donde sabía que estaba el sofá y se dejó caer en él, suspirando, al tiempo que se quitaba los lentes y una peluca de cabellos rojos.

—¿Simón? —susurró.

La voz de un hombre sonó junto a ella, en el sofá.

—Hola, Baby. ¿Todo bien?

—Todo.

—¿Tiene el aparato?

—Naturalmente.

—Fantástico… Hemos estado casi tres meses siguiendo ese rastro, y creíamos que se nos iba a escapar… ¿Le costó mucho?

—Barato. Tenga.

Alargó una mano, con el paquetito en ella. Notó el contacto de la mano del hombre antes de quitarle el paquete.

—¿Qué piensa hacer ahora, Baby?

—Volver a casa, por supuesto. A menos que me necesiten para alguna cosilla más, Simón.

—No, no —rió el agente de la CIA—. Ha sido suficiente con esto. Le deseo un feliz viaje. ¿No le gusta Tokio?

—Demasiado grande.

—¡Claro! —rió Simón—. Por eso, usted regresa a ese pueblecito llamado Nueva York, o Washington… Bueno, ha sido un placer trabajar con usted, Baby.

—Lo mismo digo, Simón. Adiós…, y buena suerte.

—También yo digo lo mismo. Adiós.

El agente de la CIA se puso en pie. Segundos después la puerta

de la *suite* se abría y la sombra de un hombre atlético la cruzaba rápidamente. La puerta se cerró de nuevo.

Baby volvió a suspirar, se puso en pie y fue hacia el dormitorio.

Tampoco encendió la luz para llegar al cuarto de baño, pero sí encendió la de éste cuando estuvo dentro, justo delante del espejo.

Se quedó mirando sonriente sus hermosos ojos azules, ya sin los lentes, y sus magníficos cabellos negros, ocultos durante unos días bajo aquella odiosa peluca pelirroja.

Ah, querida, querida… Decididamente, te sienta mejor el cabello negro. En cuanto a estos lentes repugnantes, espero utilizarlos solamente para salir del hotel: es un sacrilegio ocultar estos magníficos ojos, Baby… ¿No es cierto, hermosa mía? —Sonrió dulcemente—. Pero el espionaje es así: hoy eres la periodista Brigitte Montfort, mañana eres una asesina llamada Cecily Stevens, pasado mañana una espía rusa, class="zcitam" el día siguiente eres la agente Baby de la CIA. Sí, cosas del espionaje. Espero que…

Estaba esperando la conferencia con Nueva York, y cuando sonó el teléfono en su dormitorio comprendió que todo estaba a punto de terminar. El bueno de Miky se iba a llevar una alegría al oírla, saber dónde estaba, y tener la seguridad de que en un par de días se reintegraría a su trabajo en el matutino Morning News…

—¿Diga?

—Su conferencia con Nueva York, señorita Stevens.

—Gracias… ¿Eres tú, amor?

La voz de Miky Grogan sonó en el auricular, con evidente desconcierto:

—¿Con quién hablo?

—Oh, perdón… Creí que sería otra persona. ¿No está Joe?

—¿Joe…? Oiga… ¿Es… es usted, Brigitte?

—No, no… Soy Cecily Stevens. ¿Es usted, señor Grogan?

—Pues… sí. Sí. Claro. Y usted es…

—Cecily Stevens, la novia de su secretario. ¿No está Joe ahí, señor Grogan?

—¡No! ¡Y escuche esto, Brigitte…!

—Pero, señor Grogan, se confunde usted. Soy…

—Oh, claro… Bueno, señorita Stevens —rezumó ironía la voz de Grogan—, lo siento, pero Joe no está aquí. Sin embargo, yo puedo decirle algo que le interesará: ¡está despedida!

—Oh, vamos, señor Grogan, no hay para tanto…

—¿Desde dónde dice que me llama?

—Desde Tokio.

—¡Desde Tokio! —aulló Grogan—. Pues bien: le diré…

—Mire, señor Grogan, sólo le he llamado para decirle que estaré ahí dentro de un par de días. Mañana mismo tomaré pasaje de avión.

—Ah… ¿Dos días tan sólo?

—Prometido.

—Bien… Le diré a Joe que usted ha llamado. Se pondrá contento. Sobre todo cuando le diga que regresa dentro de dos días… ¿Okay?

—Okay, señor Grogan —rió la divina espía—. ¡Lo he prometido!

—Pues aquí la esperamos…, señorita Stevens. ¿Algo más?

—Claro: besitos para Joe. Y para todos. Voy a colgar, señor Grogan, porque están llamando a la puerta. Hasta pasado mañana.

Colgó, sonriendo, y se dirigió a la puerta; encendió la luz antes de llevar la mano al pomo, pero, de pronto, lanzó un contenido gritito, regresó corriendo al cuarto de baño y se colocó los lentes y la peluca, con rápida habilidad.

Entonces fue a abrir.

Era un botones del hotel, con una bandeja en la cual se veía un telegrama.

—Un telegrama, señorita Stevens. Acaba de llegar.

—Oh… Muchas gracias. Un momento.

Le dio una propina al muchacho japonés, cerró, y abrió inmediatamente el telegrama, que decía:

CUANDO ACABE EN TOKIO VAYA INMEDIATAMENTE A SAIGÓN, PUERTO DE JONQUES, DONDE NUESTRO CORRESPONSAL SIMÓN LA INFORMARÁ RESPECTO A SU PRÓXIMO ARTÍCULO A REALIZAR EN ESA CIUDAD. SIMÓN LA RECONOCERÁ POR SUS CABELLOS ROJOS Y LOS LENTES. SALUDOS. MIKY GROGAN MORNING NEWS, N. Y.

Baby Montfort suspiró, desalentada. Ya no podía regresar a casa. Porque, naturalmente, aquel telegrama no lo enviaba Miky Grogan, sino tío Charlie, su jefe de la CIA en el Sector de Nueva York.

Paciencia.

Capítulo II

Un *jet* de Japanese Air Lines llevó a Brigitte Baby Montfort desde Tokio a Saigón en poco más de dos horas sin escalas. De este modo la agente de categoría de lujo de la CIA se encontró en Saigón hacia el mediodía siguiente, todavía disfrazada con aquella «asquerosa» peluca pelirroja y los gruesos lentes para miope.

Desde el aeropuerto de Saigón, un taxi la llevó al Bonzos Hotel, de gerencia norteamericana; con lo cual Brigitte se aseguró el confort a que estaba acostumbrada. Capacitada para subsistir de cualquier modo en cualquier lugar, prefería, no obstante, un alojamiento digno de su belleza y delicadeza.

Aposentada en el Bonzos, y por pura rutina, se dedicó durante veinte minutos a la búsqueda de micrófonos o cualquier otro objeto de uso corriente en el espionaje: cámaras de televisión, escapes de gas, bombas de tiempo… Pero ninguna de tan inefables artimañas la estaba esperando en su *suite* de Saigón, y tras un ligero almuerzo en el que predominó la fruta, el jugo de tomate y la carne asada, se dedicó a dormir con auténtico entusiasmo. Entusiasmo que resultaba justificado si se tenía en cuenta que en cuatro días había dormido nueve horas, debido a la preparación final del asunto que, diez días antes, la había llevado a Tokio desde Nueva York, pasando por Washington.

Hacia las siete de la tarde, y tras seis horas de profundo sueño, Baby Montfort decidió que debía ir ya a Jonques, el puerto de Saigón. Se duchó, se vistió con seriedad y discreción, y se puso la peluca pelirroja y los lentes. Cosas ambas que detestaba, no sólo por la incomodidad que significaba llevarlas, sino porque a ella le gustaba ser siempre, en todos los sitios, Brigitte Montfort, la periodista morena de grandes ojos azules.

Salió del hotel, tomó una rickscha movida a pedales por un nervudo vietnamita, y se hizo llevar a las cercanías de Jonques. Una

vez allí, y sin demasiadas ganas de discutir, pagó el precio que pidió el propietario de la rickscha y se dedicó a pasear por los muelles.

Dos horas después tenía fruncido el ceño, estaba cansada, y su humor no era precisamente bueno. Nadie se había acercado a ella, nadie la había mirado del modo especial que tan bien conocía, es decir, con aquella indiferencia contenida que, precisamente, habría ocultado un gran interés.

Cansada de dar vueltas se dirigió hacia la parte de las barcas. Allá, junto a la oleosa agua maloliente, se veían almacenes de madera poco menos que podrida, y todo el puerto estaba lleno de pequeñas barcas de juncos y paja, cuya flotación parecía poco menos que un milagro. La cosa se parecía bastante al muelle de Hong Kong, por lo que tuvo que recordar su aventura en aquella colonia británica.[1]

Se acercó al borde del muelle, cada vez más molesta, pero con aspecto de turista curiosa. De algunas de las barcas de paja o juncos salía humo, y en las débiles bordas se veían niños desnudos, rascándose furiosamente. Algunos vietnamitas todavía jóvenes esperaban la picada de un pez, que, una vez cocinado, continuaría sabiendo asquerosamente a petróleo, agua sucia y cieno del puerto.

En tierra firme, individuos desharrapados iban de un lado a otro llevando cajas, paquetes, bultos de todas clases. La mayoría de ellos llevaban la cabeza pelada, estaban delgadísimos y sus ojos brillaban con hambre de todo.

De todo.

Y eso, teniendo en cuenta la inminencia de la noche monzónica, no le gustó en absoluto a Brigitte Montfort. Intentó distraerse mirando los dos portaaviones de la U. S. Navy, anclados aguas adentro, ya con las luces encendidas, y los muchos aparatos de la USAF. que pasaban sobre Saigón, en escuadrillas, rugiendo furiosamente sus motores, hacia la selva del interior probablemente. Había visto a muchos marines norteamericanos acompañados de muchachas vietnamitas, algunas de ellas incluso bonitas… Y había captado una cierta mirada rencorosa de los hombres de cabeza pelada hacia los marines y hacia las chicas…

—¿Baby?

Estuvo a punto de volverse sobresaltada al oír la voz tras ella, pero supo contenerse a la perfección; de modo que todavía tardó

tres o cuatro segundos en volverse, lentamente.

Y se quedó mirando sin demasiado interés a aquel gigante de cabeza rapada, ojos oscuros y tez que lo mismo podía ser asiática que fruto de larga permanencia bajo el sol con un adecuado tinte solar. Llevaba el torso desnudo, descalzos los pies, andrajoso y mugriento el sarong… Pero Baby Montfort miraba siempre, primordialmente, los ojos de quien le hablaba. Y tras mirar aquéllos unos segundos, musitó:

—Sí. ¿Quién es usted?

—Simón de Saigón. Vaya hacia la asquerosa barraca que esta gente llama almacén número nueve y espéreme dentro. Procuraré no tardar demasiado. ¿Okay?

—Okay.

El hombre se estaba secando el sudor con el desnudo antebrazo. Brigitte todavía lo miró unos segundos más, siempre manteniendo la distancia de casi seis metros, como la turista interesada en aquel tipo de hombres de Jonques.

Luego, y mientras el hombre todavía se quedaba descansando unos segundos, ella continuó su camino, indiferente al parecer, pero buscando el almacén número nueve.

Lo encontró apenas cinco minutos después. Estaba en el borde mismo del puerto, si bien la entrada daba a la otra fachada. Al agua daba la parte trasera. Se veían unas escaleras de madera, resbaladizas, medio rotas, y una pequeña plataforma. Dentro de poco, en cuanto oscureciese, las grandes ratas del puerto empezarían a pasear libremente por allí.

Fue hacia la parte delantera, estuvo unos minutos vigilando la doble puerta carcomida y putrefacta de humedad, y luego caminó hacia allí, lentamente, mirando a todos lados cada vez que, con todo el disimulo posible, podía alzar aquellos odiosos lentes que iban a dejarla ciega de un momento a otro. Incluso, a ratos, se notaba mareada… Se detuvo delante de las puertas, simulando sentir un gran interés por las inscripciones que había allí, en un color negro ya tan viejo, que apenas se distinguían los signos, y muy dificultosamente las palabras en inglés.

De pronto, justo en el momento en que calculó que nadie podía verla, entró en el almacén.

Lo primero que notó fue el aliento agrio delante mismo de su

nariz. Tan agrio y nauseabundo, que de buena gana se abría dejado caer desmayada al suelo. Pero ella, Baby Monfort, no era de las mujeres que se desmayan, de modo que se limitó a contener el aliento y adelantar una mano, a la altura de su frente.

Tocó lo que le pareció una nariz, y, sin más vacilaciones, alzó su pie derecho velozmente, hacia otro punto del cuerpo de aquel hombre. Notó el impacto, oyó el gemido del hombre, y lanzó su mano izquierda, casi paralela al suelo, ligeramente descendente, rígida, convertida en un duro miembro de castigo. El canto de la mano golpeó algo duro, se oyó el claro chasquido, luego el de un peso cayendo con fuerza contra el suelo.

Al mismo tiempo, un brazo fino, pero fortísímo, pasaba por delante de la garganta de Brigitte Montfort y apretaba salvajemente, formando una feroz presa de estrangulación e inmovilización.

El codo derecho de la espía de lujo fue hacia atrás con las peores inenciones. Se oyó su chasquido contra unas costillas, que resonaron en el almacén; luego el izquierdo, casi simultáneamente, también golpeaba hacia atrás, en el estómago del otro hombre. A continuación, y ya libre de la presa de estrangulación, Baby Montfort se volvía por el lado derecho, lanzando su mano, de nuevo de canto, a la altura de una garganta humana. Comprendió que había calculado mal cuando ovó el crujir de unas mandíbulas…

Mal, en cuanto al punto anatómico, pero no en cuanto a efectividad.

Oyó el jadear asustado y dolorido del hombre, se acercó allí y adelantó la mano izquierda. Tocó brevísimamente un pecho masculino, delgado, duro, huesudo, y entonces la mano izquierda golpeó allí, plana… Se oyó la terrible palmada, un quejido incompleto… La mano derecha de Baby volvió a golpear, acertando ahora justo en la garganta del desconocido atacante, que se derrumbó a sus pies y quedó inmóvil.

Pero pocos pasos más allá, el primer atacante parecía tener todavía fuerzas… Por lo menos, para escapar. Brigitte vio el rectángulo de luz al fondo del almacén, el sombrío mar del puerto, la casi siniestra iluminación que ya había sido encendida…

Estuvo junto al hombre en menos de tres segundos, cuando ya parecía dispuesto a saltar desde la puerta al agua. Vio perfectamente su nuca pelada, alzó un pie y clavó allí un feroz

taconazo, que fulminó instantáneamente al hombre.

Dejó la puerta abierta hacia el mar; luego cogió al hombre por un pie y tiró de él hacia dentro un par de metros. Localizó después al otro y lo reunió con el primero. No tenían encima nada que pudiese ser considerado de interés. Ni siquiera armas.

A la azulada y siniestra luz que penetraba en el almacén por la puerta que daba al mar, la espía internacional abrió su bolsito, del cual sacó una jeringuilla y una ampolla. Montó la aguja, y cuando estaba a punto de clavarla en el tapón de metal blando de la ampolla, la puerta del almacén chirrió ligeramente.

Como un felino sobresaltado, Baby Montfort saltó hacia la puerta trasera, la cerró y se tiró al suelo, rodando silenciosamente. Quedó tendida boca abajo, ya con su pistola de cachas de madreperla y silenciador acoplado de origen en su manita derecha, apuntando hacia la otra puerta.

—¿Baby? —Oyó—. ¿Está ahí?

No contestó.

Se quitó los zapatos, que dejó cuidadosamente en el suelo, y luego se desplazó en absoluto silencio hacia donde había oído la voz. Oyó la ligerísima pisada, y supo que el hombre que decía ser Simón de Saigón se estaba moviendo hacia un lado.

—¿Baby? —repitió en un susurro.

Brigitte movió el botoncito de su pequeña linterna, y el fino rayo de luz dio de lleno en los ojos de Simón, que alzó una mano para protegerlos.

—No dispare, Baby. Soy yo.

—Vuélvase de espaldas…, Simón.

—Soy Simón, de veras. ¿Los ha vencido usted?

—¿A quiénes?

—A los dos hombres que la estaban esperando.

—¿Sabe usted eso?

—Desde luego. Son amigos míos.

—Ah… De donde se desprende que usted, igual que ellos, no es precisamente mi amigo.

—No se precipite. Yo soy, en efecto, Simón de Saigón. Pero no estaba seguro de que usted fuese Baby. Por eso la envié aquí y dejé a dos hombres esperándola, para capturarla.

—Pues he podido matar a esos dos amigos suyos, Simón. Es más:

iba a hacerlo cuando usted ha llegado. Una dosis de somnífero, un empujón hacia el agua…, y mañana habría dos ahogados en el puerto. Eso es todo.

—De acuerdo: usted es Baby.

—Seguro que sí, amiguito. Sólo me presunto si usted es de verdad Simón. ¿Cómo cree que podrá convencerme?

—Pues… Digamos que estaba en un apuro, pedí ayuda a Washington y me dijeron que muy pronto vendría aquí un agente que me ayudaría a resolver todos mis asuntos. Me dijeron que se llamaba Baby, que llegaría de Tokio, que llevaría lentes, peluca pelirroja, y que acabaría de solucionar en Tokio otro asunto. Yo protesté por el hecho de que me enviasen una mujer, y entonces me notificaron que la agente Baby era capaz de hacer lo que hiciese cualquier hombre, sólo que mejor. Y le preparé esta… trampa, por llamarla de alguna manera. Me dieron a entender que usted era poco menos que invencible y quise asegurarme de que quien decía ser Baby era realmente Baby.

—Espléndida idea, Simón. Sólo que he podido matar a sus dos amigos.

—Calculé bien el tiempo, de modo que sabía que llegaría oportunamente para evitarlo, si usted era Baby.

—¿Y si no hubiese sido Baby y hubiese tenido tiempo de matarlos?

—Les habría estado bien empleado, por dejarse vencer por una mujer que no fuese Baby.

—Estamos complicando mucho las cosas. Casi estoy convencida de que usted es Simón, pero quizá me convenza del todo si me dice qué es lo que tengo que hacer yo aquí. Recibí un mensaje por radio que me indicaba…

—Un telegrama, eso es lo que recibió usted.

—Oh —sonrió Brigitte—. Bien, recibí un telegrama que me indicaba que en Jonques, el puerto de Saigón, encontraría a un hombre con la cabeza pelada y que…

—Nadie pudo decirle eso. Lo de la cabeza pelada es decisión de última hora, Baby.

—De acuerdo —suspiró la divina espía—: usted es Simón. Ahora, hablemos libremente.

—No. Yo tengo que cuidarme de estos dos chicos vietnamitas…

Usted, simplemente, regrese a su hotel y espéreme. ¿En qué hotel está?

—En el Bonzos. Con el nombre de Cecily Stevens, la pelirroja miope que…

—No importa eso, porque tendrá que cambiar de identidad. Empezamos a prepararlo todo cuando nos informaron que usted no podía tardar en llegar desde Tokio. Ahora regrese a su hotel y espéreme en la *suite*. Es todo, Baby. ¿Se ha asegurado de que…?

—No hay micrófonos ni nada —sonrió Brigitte.

—Llegaré a eso de las nueve y media o diez. Hasta luego.

—Hasta luego, Simón.

—Si a las diez y media no he llegado, arrégleselas como pueda para ponerse en contacto con Washington. Diga que me han liquidado, y vea si puede seguir sola con el asunto.

—¿Entiendo que está solo en esto?

—Así es. Se le ha concedido una importancia… relativa. Los demás están metidos detrás de las líneas norvietnamitas. Tres de nuestros compañeros han llegado a Hanoi, dos a Pekín, y cuatro están recibiendo informes directos de Moscú, vía Siberia y China. Los demás están trabajando en asuntos militares de espionaje y sabotaje…

—Magníficos trabajos.

—Claro. Sólo que, a veces, lo más importante es precisamente lo que más insignificante parece.

—No sé si le entiendo, Simón.

—Nos veremos en su hotel.

—Okay.

* * *

Abrió la puerta de la *suite* y se quedó mirando con grato asombro a aquel hombre alto y elegante, de hombros anchos. Lo dejó pasar, le señaló un sillón, cerró la puerta y señaló la cabeza del visitante.

—¿Le ha crecido el cabello en tan poco rato, Simón? También diría que las cejas son más gruesas, los ojos menos oblicuos…

—Ahora estoy maquillado.

—¿Ahora? —sonrió Brigitte.

—Sí, ahora. Tuve que raparme la cabeza, estirarme un poco los

párpados, estilizar el trazo de mis cejas, tomar baños de sol con tinte especial… Lo que ve usted ahora es una sobrefachada que cubre la falsa fachada de un vietnamita más bien… atlético. Llevo peluca postiza, cejas postizas…

—Entiendo, entiendo —rió la divina—. Es usted un hombre que lleva varias capas de personalidad encima. ¿Puedo ofrecerle algo?

—No. Vayamos directos al grano, Baby. Siéntese. ¿Seguro que no hay micrófonos?

—Seguro. ¿Qué tal sus dos amigos?

—Por ahí. ¿Sabe algo de Medicina?

—¿Yo? Pues… no. Creo que no. Es decir, unos pocos conocimientos generales que no engañarían a nadie.

—¿Conoce alguna técnica de laboratorio?

—No.

—Pues no comprendo por qué la han enviado a usted —masculló el maquillado Simón—. La persona que yo necesito…

—Simón…, dígame qué es lo que sucede, qué es lo que hay qué hacer, y si veo que no está a mi alcance, regresaré a Washington y le enviaré la persona apropiada. ¿Okay?

—Okay. Necesito una doctora en Ciencias. Emmm… Bueno, concretamente una mujer médico especialista en laboratorios. Esa mujer se llamará Julie Connors, de treinta años, y…

—Lo lamento, sólo tengo veintisiete.

—¿De veras? Vaya, yo habría jurado que tenía menos todavía…

—Eso puede arreglarse —rió la divina—: una mujer puede parecer más vieja o más joven, según se lo proponga.

—Sí, claro… Bien: necesito a una mujer que se llamará Julie Connors, de treinta años, doctora en Medicina y Ciencias, especializada en trabajos de laboratorio. Aquí —sacó un sobre del bolsillo— tengo los documentos precisos. Sólo falta añadir la fotografía de esa mujer que será la doctora Connors.

—Entiendo. Dígame una cosa: esa doctora…, ¿tiene que ser pelirroja y llevar lentes de miope?

—No… No precisamente, desde luego.

—¡Hurra! —exclamó Brigitte.

Se quitó la peluca y los lentes y los tiró a un rincón, alegremente. El agente de la CIA se quedó mirándola incrédulamente.

—Demonios —musitó al fin.

—¿He empeorado?

—Usted sabe que no, hija… Madre mía, qué… qué… qué…

—¡Qué bombón! —rió Brigitte—. ¿No es eso?

—Pues sí. Esto… Ejem… Un bombonazo, desde luego… Veamos: éstos son sus documentos. Le tomaré ahora mismo la fotografía, la añadiré, y antes del amanecer tendrá los documentos debidamente formalizados. A partir de entonces será la doctora Julie Connors. Se cambiará de hotel.

—De acuerdo. Entiendo todo eso. Ahora dígame qué es lo que tenemos que hacer.

—Buscar a tres médicos.

—¿Cómo?

—Tres doctores en Medicina y Ciencias, todos ellos especializados en laboratorios y producción de fármacos.

Brigitte se quedó mirando a Simón con el ceño fruncido.

—¿Han inventado algo nuevo?

—No sabemos. Lo único que sabemos es que han desaparecido.

—¿Son americanos?

—Oh, sí, claro… Desde luego.

—¿Estaban los tres en Saigón?

—Sí. Adscritos a los servicios sanitarios de las fuerzas norteamericanas en Vietnam. Sus nombres son, por el orden en que han desaparecido: Oscar Riss, Fred Mc Vay y Charles T. Dowen. ¿Quiere ver sus fotografías?

—Desde luego.

Simón sacó otro sobre, que tendió a la espía. Ésta extrajo las fotografías, así como unos cortos resúmenes biográficos de los tres doctores desaparecidos. Se aseguró de que conservaría en su memoria los rasgos de aquellos tres hombres, asintió con la cabeza y devolvió las fotografías a Simón, preguntando:

—¿Qué quiere decir exactamente eso de que han desaparecido?

—Pues que han desaparecido. Así, de pronto, de la noche a la mañana.

—No emplee frases hechas, Simón —refunfuñó Brigitte—. Eso de decir «de la noche a la mañana» no expresa nada lo bastante concreto para personas como nosotros.

—Es que fue exactamente así, Baby: de la noche a la mañana,

uno tras otro, los tres doctores han desaparecido.

—No el mismo día, desde luego.

—No. En unos quince días, en total.

—¿Cuánto hace que desapareció el último, o sea, Charles T. Dowen?

—Hace también unos quince días.

—¿No se ha sabido nada de él? ¿No han pedido rescates o han enviado alguna información, alguna proposición de canje…?

—No se sabe nada de nada. Igual que usted, yo pensé que uno de ellos, o quizá los tres, habían descubierto algo nuevo en el campo de la Medicina o la Farmacia. Pero de Washington me contestaron que hasta el momento de ser enviados a Saigón como adscritos a nuestras fuerzas aquí, esos tres hombres eran corrientes y vulgares en sus profesiones… No había noticia o dato alguno de que hubiesen descubierto nada, ni por separado ni conjuntamente. Es más: ni siquiera se conocían entre ellos. Uno era de Filadelfia, otro de Seattle y otro de Houston. En los servicios médicos anejos a nuestras tropas en Vietnam no se sabe que se hubiesen relacionado entre sí, a menos que hubiese existido alguna aislada y escasísima casualidad.

—Sin embargo, en poco tiempo los tres han desaparecido en parecidas circunstancias desconocidas.

—Así es.

—¿No había entre ellos ningún factor común, aparte de su profesión?

Simón vaciló visiblemente.

—Bueno… Yo creo que todos los hombres tenemos ciertos factores comunes, queramos o no, Baby. Sobre todo, uno de ellos.

—¿Las mujeres? —sonrió secamente Brigitte.

—Sí.

—No me diga que esos tres doctores fueron vistos con la misma mujer, sucesivamente. Simón volvió a vacilar.

—Prefiero contestarle a eso mañana. ¿Le importa?

—No, no… ¿Tenemos alguna pista especial, algo que pueda ayudarnos como punto de partida? Quiero decir algo diferente a lo que me ha contado hasta ahora…, y que no es mucho, Simón.

—Ya lo sé. Pero prefiero callarme a proporcionarle informes que luego podrían ser falsos o inútiles y, en cambio, podrían crear

confusión en sus ideas.

—Mis ideas siempre están claras. Hace años aprendí a desechar sistemáticamente todo lo que no sirve. Dígame todo lo que sabe, y si llego a la conclusión de que no sirve, esté seguro de que lo olvidaré sin ningún esfuerzo. No tendré confusiones.

—Bien… Escuche lo poco que he podido ir sabiendo: cuando el tercer doctor desapareció, me presenté en el campo militar donde estaba prestando sus servicios, en Chua Chan, a unas cincuenta millas de Saigón, hacia el nordeste. Todo lo que pude saber fue una cosa a la que nadie dio demasiada importancia: el doctor Dowen había sido visto quizás un poco más de lo normal con una enfermera survietnamita que también estaba en ese campo militar. Naturalmente, me interesé por la enfermera survietnamita en cuestión, y un marine me la señaló al día siguiente. Tomé varias fotografías de ella y regresé a Saigón…

—¿Cómo se llama la enfermera?

—Ky Tiang. Es muy bonita, ciertamente.

—Siga.

—Bueno, provisto de esas fotografías, me ocupé en seguir los pasos de los otros dos doctores. Me refiero a su vida privada también, por supuesto. En lo referente a Fred Mc Vay, o sea, el segundo en desaparecer, nadie pudo decirme haberlo visto relacionado con Ky Tiang. Sin embargo, el conserje vietnamita de un hotel donde se alojó Oscar Riss en Saigón durante uno de sus permisos casi aseguró que había visto a Ky Tiang en compañía de Riss, en un par de ocasiones. En tales ocasiones, ella no parecía enfermera, y eso hizo vacilar al conserje del hotel. Tampoco recordaba las fechas exactas, de modo que no pude enterarme de cuáles habían sido los días de permiso de Ky Tiang para relacionarlos con los de Oscar Riss. De todos modos, pedí esos datos al G2, el servicio de información de la Marina. Y, efectivamente, en dos ocasiones los permisos de la enfermera survietnamita Ky Tiang y del doctor Oscar Riss habían coincidido. Es más: durante ese permiso, ambos vinieron a Saigón a disfrutarlo.

—De todo esto, entiendo que esa chica, Ky Tiang, estaba primero en un campo militar y luego en otro… ¿Correcto?

—Sí. Ella misma pidió el traslado. Y… pude comprobar ciertas fechas. A los pocos días de la desaparición de Oscar Riss, Ky Tiang

pidió el traslado a otro campo…

—¿En el cual estaba trabajando Charles T. Dowen?

—Exactamente.

—Bueno… Son demasiadas coincidencias para considerarlas casuales, Simón. ¿No le parece? ¿No sabemos nada de Fred Mc Vay?

—Le estoy siguiendo la pista, también buscando a una muchacha que haya podido relacionarse con él.

—¿Y la ha encontrado? Simón vaciló una vez más.

—Parece que tenía una cierta… amistad con una muchacha llamada Chuyen Du, también survietnamita y enfermera. Ya sería un exceso de casualidad que precisamente en las fechas últimas en que Fred Mc Vay pidió permiso, Chuyen Du también viniera de permiso a Saigón…

—Demasiadas casualidades, es cierto —murmuró duramente la divina espía—. Supongo que sabe muy bien dónde localizar a esas dos muchachas, Simón. ¿En qué campos están?

—En ninguno, ahora. Me las arreglé para que el Mando les diese permiso. Actualmente están las dos en Saigón… Vigiladas, naturalmente.

—Oh… ¿Por quién?

—Por unos amigos.

—¿Americanos o vietnamitas?

—Vietnamitas. Son chicos jóvenes, que consideran amistosamente la intervención de Estados Unidos en esta guerra y están dispuestos a ayudar a nuestros servicios secretos.

—Entiendo —sonrió irónicamente Brigitte—. Si en alguna ocasión encuentro su cabeza separada del cuerpo, ya sabré que han sido sus… amigos los que se han tomado la molestia de cortársela.

—Es un riesgo que tengo que correr —gruñó Simón—. No dispongo precisamente de un ejército de compañeros de la CIA, Baby.

—Bueno, procuraremos arreglárnoslas nosotros dos solos. ¿Dónde puedo encontrar exactamente a esas dos chicas?

—Deje eso de mi cuenta, de momento. Ahora le tomaré unas fotografías y me encargaré de arreglar sus documentos a nombre de Julie Connors. Mañana temprano saldrá usted de Saigón, hacia… Singapur, por ejemplo. Llegará allá a eso de las diez, con la personalidad de Cecily Stevens. A las cinco o las seis de la tarde

regresará a Saigón, con el nombre y documentación de la doctora en Medicina y Ciencias Julie Connors y con su aspecto auténtico, tal como la estoy viendo ahora. Poco después de llegar, yo me presentaré en su hotel, y entonces tomaremos una decisión definitiva.

—¿Cree necesario todo esto?

—Necesito un día más, Baby, lo siento.

—De acuerdo —suspiró Brigitte—. Esperaré otro día más… ¿En qué hotel deberé alojarme a mi llegada de Singapur?

—En el Mekong.

—De acuerdo. ¿Tiene algo de especial?

Simón encogió los hombros, sacó un paquete de cigarrillos y tendió uno a Brigitte. Le dio fuego con un bonito encendedor, y sonrió cuando Brigitte, echando el humo simpáticamente hacia su cara, indicó:

—No era necesario eso conmigo, Simón.

—¿Se ha dado cuenta?

—Por favor… ¿No cree que sería mejor tomar un par de fotos más, por si hubiese salido… borrosa?

—Está bien —rió Simón—, tomaré tres fotos más, y pondré la mejor en su pasaporte. No sonría: las doctoras son, por lo general, mujeres más bien serias.

La apuntó con el encendedor y tomó tres fotografías más. Luego apagó el cigarrillo en el cenicero, se puso en pie, sonrió, y se alzó el peluquín con el que ocultaba su rapada cabeza.

—A sus pies, Baby. Nos veremos mañana.

—En el Mekong. Allí estaré. Y… tenga cuidado.

—Mis enemigos no me conocen.

—Pero sus amigos sí —sonrió Brigitte, preocupada—. Y a veces los amigos dan más disgustos que los enemigos. Yo, si fuese usted, no me fiaría de nadie.

—Lo tendré en cuenta.

—Adiós… Mañana, en el Mekong.

Capítulo III

Y de nuevo llegó Baby Montfort a Saigón, procedente esta vez de Singapur; pero con su aspecto normal, sin lentes ni peluca, y con el nombre de doctora Julie Connors, especialista en trabajos de laboratorio.

Se alojó en el Mekong Hotel, de acuerdo a lo convenido. Un hotel también de gerencia americana, pero instalado de acuerdo a los gustos orientales, con mobiliario reducido, abundantes adornos de plantas y alfombras de paja y tabiques de bambú…

Y hacia las ocho y media de la noche, cuando apenas hacía media hora que había llegado y había tenido el tiempo justo de, por norma, asegurarse de que no la esperaba ninguna trampa de tipo técnico, sonó el teléfono de su dormitorio. Atendió inmediatamente la llamada, y reconoció la voz de Simón:

—¿Doctora Connors?

—Sí. ¿Con quién hablo?

—El doctor Simón. He sido encargado de recogerla para llevarla adonde prestará sus servicios. ¿Ha tenido buen viaje?

—Muy bueno, gracias. ¿Lo espero aquí?

—No… Ocurre que la estoy esperando en un coche, en la calle. Si le parece bien, no es necesario que suba; así no dejo el coche aquí, molestando a los demás. Daré una vuelta y regreso en cinco minutos. ¿Suficiente?

—Suficiente, doctor Simón. ¿Voy calle arriba?

—Buena idea —adivinó Baby la sonrisa de Simón—. ¿Viene alguien con usted?

—No.

—¿Seguro?

—Claro. Pero me aseguraré todavía más.

—Cinco minutos, doctora Connors.

Brigitte colgó, recogió su maletín especial y abandonó sus

habitaciones. Poco después cruzaba el vestíbulo del Mekong, bajo las miradas de numerosos vietnamitas y algunos hombres blancos, sentados en sillones de junco, bajo los inmóviles ventiladores. Salió a la calle y se dirigió hacia el extremo que llevaba al Norte, deteniéndose un par de veces para, aparentemente, contemplar otros tantos escaparates abarrotados de objetos típicos: sombreros cónicos de tipo malayo, figurillas de Buda, kris, porcelanas, utensilios de barro amarillo… Estaba mirando el segundo escaparate cuando vio la rickscha cerca del bordillo, con un vietnamita a los pedales. Lo vio por el cristal, y apenas pudo contener una sonrisa.

—¿Rickscha, señorita? Barato… Precio barato…

Brigitte simuló no haber oído nada, y reanudó su marcha hacia lo alto de la calle. El coolie vietnamita le dio de nuevo a los pedales, lentamente, acercándose lo máximo al bordillo.

—Precio barato, *mademoiselle* —dijo ahora en francés—. Precio muy barato para bonito paseo en rickscha, Suba a mi rickscha al doblar la esquina, *mademoiselle*. Precio muy barato.

Brigitte continuó caminando hasta doblar la primera esquina. Se acercó al bordillo, la rickscha se detuvo allí apenas un segundo, y ella subió enseguida. Inmediatamente el coolie dio con toda su fuerza a los pedales, alejándose velozmente.

—Creí que me esperaba en un coche, Simón —rió la divina.

—Nunca se sabe quién puede estar oyéndonos —dijo el coolie—. ¿Todo bien?

—Todo. ¿No le molesta parecer un auténtico coolie y tener que afeitarse la cabeza?

—Cosas del oficio. Precisamente el oficio que más me gusta en el mundo… ¿Qué importa una cabeza rapada cuando uno es feliz?

—Hermosa teoría. Además, sus cabellos volverán a crecer, ¿no?

—Claro. Pero me tiene sin cuidado. Yo no soy un maniquí siempre igual, Baby. Soy un espía. Por lo tanto, pareceré lo que tenga que parecer para mi mejor trabajo. ¿Va armada?

—Sí.

—Magnífico.

El coolie se iba volviendo hacia su pasajera, sonriendo y señalando a diversos puntos, como si estuviese informando a una turista curiosa. Se movía con gran soltura en aquel alto e incómodo

sillín, como si realmente fuese un profesional de la rickscha. Sorteaba el enredado tráfico con absoluta habilidad, sin darle la menor importancia.

—¿Adónde vamos ahora, Simón?

—Usted es quien va. Yo esperaré pacientemente a mi pasajera delante de una posada llamada O Ao Pen. Ky Tiang está ahora hospedada allí.

—¿Y la otra…, la que se llama Chuyen Du?

—Todo llegará. De momento, usted visitará a esa muchacha. Dirá que es usted…

—Sé muy bien lo que tengo que decir en cada momento, Simón.

—Bueno, tanto mejor. Me parece estupendo que pueda usted caminar sin necesitar la mano de nadie.

—Le aseguro que sé muy bien cómo desenvolverme sola. Llevo así algunos años, y hasta ahora me ha ido bien.

—Pues no hay más que hablar. ¿Ha estado antes en Oriente?

—Algunas veces —sonrió Brigitte—. En Tokio, en Saigón hace algún tiempo…

—¿De modo que conoce Saigón?

—Un poco —rió Brigitte—. Por favor, Simón, deje de considerarme como una tonta niña bonita. Pertenezco a la CIA, querido. Oh, también he estado en Hong Kong, por lo del Objeto 777… ¡Cuidado!

Por primera vez Simón pareció a punto de perder el dominio de la rickscha. Lo recuperó rápidamente, y, vuelto en el sillín, se quedó mirando enfurruñado a la divina espía.

—Soy un poco imbécil, ¿verdad?

—¿Por qué? —volvió a reír ella.

—Debí comprender que fue usted quien estuvo metida en aquel asunto del Objeto 777 hace unos meses. Se dijo que había intervenido una agente femenina de la CIA, pero no podía pensar que fue usted… Y debí pensarlo.

—Bueno… Yo no «intervine» en aquel asunto, Simón. Sin falsa modestia, que me sienta muy mal, le diré que lo resolví completamente.

—Bien —sonrió de pronto Simón—; eso me tranquiliza en el sentido de que no deberé preocuparme mucho por usted.

—¡Por fin lo ha comprendido! —exclamó Brigitte risueña.

Llegaron cerca de la posada O Ao Pen quince minutos más tarde. Brigitte se apeó, miró brevemente la pobre fachada que daba a la calle tan discretamente iluminada y se volvió hacia el falso coolie y murmuró:

—Si tardo más de quince minutos, haga lo que le parezca, Simón.

—Bien. Espere un momento…

Otra rickscha se acercaba a ellos. Iba sin pasajero, y el coolie, un auténtico vietnamita, pedaleaba furiosamente. Pasó junto a la que manejaba Simón y dijo algo en su idioma. Algo breve, pero que hizo fruncir el ceño a Simón. La otra rickscha se alejó, y el agente de la CIA miró preocupado a Brigitte.

—Hay un hombre blanco con Ky Tiang ahora, Baby. Desconocido.

—Bien… ¿Cambia eso algo las cosas?

—Usted sabrá.

—Quince minutos —sonrió la divina.

—Bien.

Brigitte dio media vuelta y entró en la posada. El zaguán era pequeño y estaba iluminado únicamente por una bombilla protegida por un farolillo de paja pintada de rojo. A la izquierda había una puerta abierta, mostrando el interior de lo que podía ser la recepción. Un vietnamita de larga barba, viejo y arrugado, estaba ya mirando fijamente a Brigitte, que sonrió como si fuese muy tímida.

—Estoy buscando a una muchacha…

—No entiendo —dijo el hombre en su idioma.

Brigitte tampoco lo entendió a él, pero sí comprendió lo que le había dicho. Habló en francés, entonces.

—Busco a una muchacha llamada Ky Tiang, enfermera. ¿Está aquí?

—Cuarto cinco.

—Gracias.

Las escaleras eran un poco angostas, de piedra resbaladiza por la humedad. El cuarto 5 estaba en el primer piso. Antes de llamar a la puerta, Brigitte aplicó una orejita a la madera. Pudo oír la voz de un hombre, pero no entendió las palabras. Luego oyó la risa femenina y de nuevo la voz del hombre, en tono jocoso.

Llamó, y las voces cesaron inmediatamente. La puerta se abrió pocos segundos después y el lindo rostro de una vietnamita apareció en la abertura.

—¿Señorita Ky Tiang? —preguntó Brigitte en inglés.

—Sí…

—Soy la doctora Julie Connors, americana. Estoy buscando al doctor Riss… Oscar Riss. Los oscuros ojos de la muchacha se redondearon, entre asustados y asombrados.

—¿Al doctor Riss? No…, no está aquí, desde luego. El doctor Riss…

—Sé que ha desaparecido. Y por eso quería preguntarle a usted si sabe algo de él.

—Pues no…

—¿Puedo pasar?

—Es que…

—Gracias.

Brigitte apartó con gran delicadeza a Ky Tiang y entró en el cuarto. Allí estada todo: una mesa, unas sillas, una cama, una radio, las persianas de bambú y junquillos, esteras de paja… y el hombre. Un hombre joven, simpático, agradable, vestido un tanto descuidadamente, con una graciosa barbita en la punta de la barbilla. Se puso velozmente en pie cuando entró Brigitte, y ésta se condolió hipócritamente.

—Oh… Perdonen… No sabía…

—Adelante, adelante —sonrió el hombre—. No molesta, doctora. Yo también soy americano.

—Encantada, señor…

—Steve Gallager. Fotógrafo de profesión y admirador de las chicas guapas por afición.

Brigitte sonrió, y se volvió como turbada hacia Ky Tiang, que había cerrado la puerta y estaba mirándola fijamente.

—Si hubiese sabido que no estaba sola…

—No sé nada del doctor Riss, doctora Connors. ¿Por qué ha venido a preguntarme precisamente a mí? En el Cuerpo Médico le habrían…

—Me dijeron que había desaparecido. Yo… he llegado esta misma tarde de Singapur, y…

—¿Y ha tenido tiempo de enterarse de eso? ¿Por qué ha venido

precisamente a verme a mí?

—Bueno… Llamé al campamento donde estaba Oscar, y me dijeron que había desaparecido. Entonces, yo dije que venía inmediatamente a Saigón, tomé un avión, y he venido aquí…

—¿Por qué aquí? ¿Cómo me ha encontrado?

Brigitte miró a Steve Gallager, el cual parecía fascinado mirándola a ella. El fotógrafo sonrió súbitamente, encogió los hombros y alcanzó una graciosa gorra de yachtman que había sobre la cama.

—Ahora recuerdo que tengo que marcharme. Ya nos veremos mañana, Ky Tiang.

—Oh, no, Steve, no te marches…

—Creo —miró de reojo a Brigitte— que es mejor que al menos dé un paseo por ahí… ¿No le parece, doctora?

—Siempre es agradable dar un paseo —sonrió Brigitte.

—Claro —se acercó a Ky Tiang, la abrazó por la cintura y la besó en los labios—. Hasta luego, pequeña. Salió del cuarto y Brigitte encajó impávida la hosca mirada de Ky Tiang, que musitó:

—¿Por qué ha venido a preguntarme cosas a mí, doctora Connors?

—Pues… Bueno, es un poco delicado de tratar, pero… El caso es que el doctor Oscar Riss y yo estamos comprometidos, señorita Tiang. Cuando me dijeron que había desaparecido me sorprendí tanto… Advertí al Mando del campamento que era su prometida y que no estaba dispuesta a admitir tan pobre explicación. Entonces recurrí a un oficial que es amigo personal mío y de Oscar, y le pedí que me dijese la verdad de lo sucedido con Oscar. Me dijo lo mismo que el Mando: que había desaparecido. Yo insistí, le supliqué que me dijese si la verdad era que Oscar no quería hablar conmigo o algo parecido… A ciegas, dije que sabía que se le veía con una mujer… Eso asustó un poco a nuestro amigo, y me dijo entonces que Oscar sólo trataba con enfermeras… Cierto que había sido visto un poco asiduamente con una enfermera, pero eso no significaba nada, ya que la enfermera continuaba prestando sus servicios normalmente en otro campamento, tras haber sido interrogada respecto al posible paradero de Oscar…

—Entonces, usted ya debe de saber que no tengo nada que ver con la desaparición de su prometido, doctora.

—Bueno… Conseguí su dirección en Saigón, y me pareció… Creí que quizá podría ayudarme… No voy a tener en cuenta lo que hubo entre usted y Oscar. Sólo quiero encontrarlo.

Ky Tiang parecía muy molesta.

—No hubo nada entre su Oscar y yo, doctora Connors. Salimos un par de veces, como amigos, y eso fue todo. Así lo dije al Mando, y ellos no me han molestado. Si alguien puede encontrar a su prometido, le aseguro que no soy yo.

—Bien… No he querido molestarla, pero creí…

—Está perdiendo su tiempo.

—Claro… Sí, ya veo… Bueno, debo irme ya. Si supiese algo…

—Si yo pudiese saber algo, ya lo habría sabido antes el Mando.

—Bien… De todos modos, estoy en el Mekong. Pregunte por la doctora Connors… Bueno, esto de doctora es un poco ambiguo, ¿verdad? Soy licenciada en Medicina y Ciencias, especialista en laboratorios… Igual que Oscar. Precisamente nos conocimos trabajando los dos en…

—Eso son cosas suyas, doctora Connors.

—No tiene por qué ser tan áspera conmigo, señorita Tiang. Estoy segura de que usted habría hecho lo mismo que yo.

Ky Tiang vaciló y consiguió una aceptable sonrisilla.

—Lo siento… La verdad es que me dieron unos pocos días de permiso y me pareció que nadie iba a perturbar mi… amistad con Steve. Espero que lo comprenda.

—Desde luego —sonrió Brigitte—. El señor Gallager parece un hombre muy simpático. Siento haberla molestado.

Ky Tiang fue a la puerta y la abrió. Brigitte salió, con expresión preocupada, despidiéndose con voz un poco temblorosa. Poco después salía a la calle…, y no se sorprendió demasiado cuando el fotógrafo Steve Gallager apareció de pronto ante ella.

—¿Solucionó su problema, doctora?

—No…

—Lamentable. Y muy sorprendente lo que ha ocurrido con Oscar Riss, ¿no le parece?

—Pues… sí. Debo admitir que es sorprendente. Conozco a Oscar hace tiempo, ya que los dos trabajamos juntos en lo mismo, en investigaciones de laboratorio, hace años… Me sorprende este modo suyo de… desaparecer, así, tan… bruscamente. ¿Usted lo

conocía?

—Vi una foto suya, poco después de desaparecer. Como periodista fotógrafo que soy, me llamó la atención el hecho…

—¿Periodista fotógrafo, señor Gallager?

—Exactamente un corresponsal de guerra. Ya sabe: toma de fotografías bélicas, informe de las batallas o escaramuzas, etcétera… ¿Sabe usted que también han desaparecido otros dos médicos?

Los hermosos ojos azules se desorbitaron.

—¿Qué me dice, señor Gallager?

—Pues sí… De sorprendente, la cosa se convierte en intrigante… y peligrosa. Me gustaría ayudarla, doctora… Me muevo mucho en todas las líneas del frente, en avanzadas, incursiones… Quizás el doctor Riss esté prisionero, simplemente.

—Oh… ¿Y usted podría enterarse?

—Es bastante difícil. Pero si lo consiguiese se lo diría a usted inmediatamente.

—Es usted tan amable, señor Gallager… Estoy en el Mekong, un hotel de…

—Lo conozco. Si sé algo, se lo avisaré allá…

¿Puedo ayudarla en algo más mientras tanto?

—No… Temo que no. Estoy cansada, y quisiera volver al hotel. Dejé una rickscha esperándome, pero no la veo… Oh, allí está. Buenas noches, señor Gallager.

—Espero que nos volveremos a ver.

—Si sabe usted algo de Oscar…

—¿De lo contrario no quiere que nos veamos? —sonrió el fotógrafo.

—Oscar Riss es mi prometido, señor Gallager —musitó Brigitte.

—Vaya… Mala suerte la mía. Buenas noches, doctora.

—Adiós…

Steve Gallager quedó sonriente, viendo a Brigitte dirigirse hacia la rickscha. Todavía sonriendo entró en la posada, y se sorprendió al ver a Ky Tiang subiendo las escaleras ante él, precipitadamente.

—Ky Tiang —llamó.

La muchacha se volvió sobresaltada, y una sonrisa tembló en sus labios.

—Oh, Steve… Creí que te habrías marchado…

—No mientas —sonrió él, alcanzándola a mitad del tramo y rodeando con un brazo su cintura—. Has estado espiándonos a la doctora y a mí, ¿no es cierto?

—No, no… Me llamaron al teléfono y bajé…

—Eres una mentirosilla deliciosa, pero no importa. Subamos, y pongamos la radio para bailar un poco y…

—Steve… Oh, Steve, lo siento… No me encuentro muy bien, de veras… ¿No podríamos vernos mañana?

—Estabas perfectamente hace unos minutos.

—Pero ya no.

—¿Qué te ha dicho esa doctora que te ha impresionado tanto?

—Nada… No es eso, Steve, de veras… Pero quisiera acostarme y descansar…

Steve Gallager suspiró profundamente.

—Como quieras. Te llamaré por la tarde… ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

El fotógrafo volvió a besar a la muchacha y bajó el medio tramo de escaleras y salió a la calle. Por su parte, Ky Tiang, en lugar de acabar de subir a su cuarto, descendió lentamente. Se asomó a la calle, vio a Steve Gallager alejándose, y volvió al interior, entrando en la recepción. Dijo algo al viejo que estaba allí, señalando el teléfono. El viejo encogió los hombros y ella descolgó el auricular y marcó un número. Tras unos segundos de espera, musitó:

—¿Gordon?

—…

—Ky Tiang. Escucha —habló en inglés, mirando de reojo al viejo de la barba—: no hace mucho se ha presentado aquí una mujer que dice…

* * *

—Dice que no sabe nada —musitó Brigitte—. Pero naturalmente ha mentido, Simón. Me pareció que se asustaba mucho. Sea lo que sea lo que está ocurriendo esa muchacha no es de las que toman decisiones propias, ni saben afrontar bien una situación inesperada.

—¿Cree que la utilizó alguien para atraer a Oscar Riss y Charles T. Dowen a algún sitio?

—Evidentemente. ¿Usted no lo cree?

—Claro. Din Poh se ha quedado vigilándola. Si sale la seguirá, y espero que esta misma noche sabremos algo.

—Quizá con Chuyen Du tengamos más suerte. ¿Falta mucho para llegar allí?

—Veinte minutos. O más… Todavía no he conseguido aprender del todo el lío de estas calles, de modo que quizá nos retrasemos algo… Me pregunto si encontraremos allá a Chuyen Du. Si todo está de acuerdo a nuestras conjeturas, es posible que esas dos chicas se conozcan, en cuyo caso es más que probable que Ky Tiang haya avisado a Chuyen Du de que algo no va bien. Luego, está el hecho de que si usted visita ahora a Chuyen Du, y ésta se lo dice a Ky Tiang, las dos comprenderán que usted les está mintiendo, que ni es doctora, ni la prometida de Oscar Riss… ¿Quiere que sea yo quien visite a Chuyen Du?

—No. A veces, conviene asustar a los peces pequeños, para saber dónde está la mano escondida en cuanto ellos busquen protección… Seré un poco más dura con Chuyen Du que con Ky Tiang, por lo tanto.

—No la asuste demasiado —sonrió Simón.

—Sólo lo suficiente.

* * *

No pudo asustarla nada.

Ni poco ni mucho, ni demasiado ni lo suficiente.

Chuyen Du ocupaba un cuarto parecido al de Ky Tiang, en una posada también parecida a la otra. Su cuarto era el nueve, la puerta no estaba cerrada con llave, y el interior estaba oscuro.

Mientras empujaba lentamente aquella puerta, Brigitte notó la sensación fría que tan bien conocía: se le ponían de punta los pelillos de la nuca, y su rostro parecía endurecerse un poco, como helado… Era un presentimiento que jamás le había fallado.

Y tampoco falló aquella vez.

Cuando dio la luz, tras cerrar la puerta, vio enseguida a Chuyen Du.

Estaba tendida atravesada en la cama, con la cabeza en una trágica postura que se explicaba inmediatamente viendo la abundante sangre en su cuello y pecho, y en la cama… Brigitte

Montfort supo al instante que Chuyen Du había sido degollada de un tajo durísimo, certero, escalofriante, que ni siquiera dio tiempo a la muchacha para enterarse de nada. Ella debía de haber estado de pie junto a la cama, otra persona llegó, charló con ella, y, de pronto, la degolló, velozmente, con un tajo único, expertísimo. Chuyen Du cayó de espaldas en la cama, y allí se quedó, muerta instantáneamente.

El procedimiento era muy viejo, rutinario, implacable…, y por completo efectivo: pista cortada. Y eso era todo.

Sin molestarse en buscar nada, puesto que estaba segura que nada de interés iba a encontrar, Brigitte salió casi corriendo del cuarto. Y pocos segundos después, Simón, sentado en el duro sillín de la rickscha, la miró alarmado cuando la vio llegar a toda prisa.

—¿Qué ha…?

—¡Volvamos! —ordenó precipitadamente Brigitte—. ¡Volvamos a ver a Ky Tiang, Simón!

El agente de la CIA no perdió tiempo. Apenas había subido Brigitte a la rickscha empezó a pedalear con todas sus fuerzas, pero volviéndose en el asiento.

—¿Qué ha ocurrido?

—La han degollado.

—Dios… Se han enterado… Ya saben que estamos detrás de su pista, y la han eliminado… Ky Tiang ha debido de avisar a alguien, y… ¡Y la van a matar también a ella, la muy estúpida…!

—¡Deprisa, Simón! ¡Quizá lleguemos a tiempo!

* * *

Pero no.

No llegaron a tiempo.

Ky Tiang estaba casi desnuda, caída en el suelo, cerca de la puerta, degollada exactamente igual que Chuyen Du. También allí pudo Brigitte recomponer mentalmente la escena, incluso retrocediendo a bastante antes del momento de la cuchillada: Ky Tiang avisa a alguien de su visita, de que la están inquietando… Ese alguien, mata u ordena matar a Chuyen Du, que, como Ky Tiang, estaba relacionada con la desaparición de los tres médicos americanos. Y casi seguro, simultáneamente, ordena también matar

a Ky Tiang. El asesino llega ante la puerta del cuarto de Ky Tiang, llama. Se da a conocer, y ella, que confía plenamente en su visitante, abre enseguida…, y recibe en el acto la brutal cuchillada que acaba con su vida.

Tampoco en aquel cuarto buscó Brigitte nada, puesto que nada debía de haber. Bajó a la calle, ya más tranquilamente, y se dirigió a la esquina donde Simón la esperaba en la rickscha. El agente de la CIA no necesitó preguntar nada para saber la verdad.

—Maldita sea —mascullό apenas ver la expresión de Brigitte—. ¿Qué hacemos ahora?

—No lo sé. ¿Ya no están aquí sus amigos, Simón?

—¡Claro que están! ¡Y también estaban vigilando a Chuyen Du!

—¿No saben nada…, no le han dicho nada?

—Desde el momento en que ni allí ni aquí se me han acercado, es que ellos consideran que no hay novedad.

Brigitte sonrió fríamente.

—Convendría despertarlos, ¿no cree?

—Escuche, Baby, ya le dije que no dispongo de más ayuda que la de ellos. ¿Cree que yo no preferiría tener… haber tenido aquí a un par de mis compañeros de la CIA? Además, ahora sabemos que estamos luchando contra alguien mucho más importante y peligroso que esas dos chicas… Se las habrán arreglado muy bien para llegar hasta ellas por caminos de seguridad: el tejado, ventanas… ¡Cualquiera sabe!

—No se enfade, Simón. No le estoy culpando de nada, ya que sería tanto como culparme a mí misma. Los dos estamos dirigiendo esto, y la culpa es de ambos… o de ninguno. Lléveme a mi hotel… No. Mejor será que me deje en una calle céntrica y allí tomaré un taxi.

—Y luego, ¿qué?

—Creo que me dedicaré a dormir toda la noche y a tomar el sol durante el día de mañana. A menos que usted y sus amigos descubran el cabo de otra pista.

—Tiene usted muy buen humor —farfulló Simón—; puede estar segura de que no descubriremos otra pista hasta que desaparezca un nuevo doctor en Medicina y Ciencias y especialista en laboratorio…

—O una doctora —sonrió Brigitte.

—Claro, o una docto… ¡Demonios!

—Sólo tenemos que esperar —rió Brigitte—; le dije a Ky Tiang que yo era también laboratorista, como Oscar Riss. Es algo que ella no se habrá callado, naturalmente, de modo que en estos momentos «ellos», sean quienes sean, saben que yo puedo serles tan útil como Riss, Mc Vay y Dowen… O bien, están llegando a la conclusión de que estoy mintiendo, con lo cual, soy algo muy diferente a doctora. En uno u otro caso, estoy segura de que no tardaré en tener noticias sin moverme del Mekong.

—Es posible que quieran matarla, Baby.

—¿Usted cree? —rió duramente la divina.

—No me gusta que esté tan segura de sí misma. Es peligroso.

—¿Usted tiene algún momento no peligroso durante el día?

—Cuando me afeito —sonrió Simón.

—Oh, claro… ¿Se le ha ocurrido que algún día, al poner en marcha la maquinilla, puede explotarle y dejarlo sin cabeza?

—Viva la alegría —sonrió Simón de nuevo.

—Nos veremos mañana por la noche, querido. Hasta entonces, me permito sugerirle que dedique algún tiempo a enterarse por medio de nuestros amigos del G2 si es cierto que hay un corresponsal fotógrafo llamado Steve Gallager rodando de uno a otro frente.

—Ya he pensado en eso. Mañana lo sabremos con toda seguridad. Mientras tanto…, pues haremos lo que usted ha dicho: esperar. Tenga cuidado, Baby, empieza a resultarme simpática. Supongo que su radio de bolsillo funciona bien.

—Querido —rió Brigitte—, todo funciona a la perfección. Ahora llévame al centro. Y no se acerque a mí, ni me llame, a menos que ocurra algo realmente importante. ¿Okay, coolie?

—Okay, doctora. Estoy pensando que los espías tenemos… un mal gusto espantoso.

—¿Por qué?

—Acaban de degollar a dos chicas, y nosotros nos dedicamos a bromear.

—Cosas del oficio —le repitió ella.

Capítulo IV

Con toda la serenidad desarrollada en su larga profesionalidad en el mundo del espionaje, Brigitte Baby Montfort se dedicó aquella noche a dormir profundamente, recuperando su equilibrio nervioso y físico. Se levantó hacia las once de la mañana, se bañó con agua caliente y luego se duchó con agua fría, dio un corto paseo por Saigón y regresó al hotel Mekong a la hora del almuerzo.

Después, todavía durmió un par de horas más, con lo que su estado físico y su humor recuperaron la completa normalidad. Y hacia las cuatro y media de la tarde recibió una llamada de Simón, por la radio de bolsillo.

—¿Hola?

—Soy yo, Baby.

—Y yo soy yo, Simón. ¿Algo nuevo?

—De interesante, muy poco. Es acerca de aquel tipo llamado Steve Gallager. Realmente, él es un conocido periodista fotógrafo que efectúa en ocasiones avances y ataques con nuestros marines… Tiene una fama considerable de buen muchacho, que no se acobarda fácilmente. Según parece, trabaja para un periódico de San Diego, llamado San Diego *Post*. Debemos considerar que todo esto es verídico, por cuanto he visto algunos ejemplares de ese periódico con fotografías y comentarios que algunos oficiales aseguran han sido tomadas unas y escritos otros por Gallager.

—Está bien. Tendremos en cuenta que Gallager «parece» un buen chico americano.

—Sólo hay algo que no acaba de gustarme de él.

—Ah… No sé si debo sorprenderme. ¿Qué es ello?

—Pidió un pase especial para la retaguardia precisamente el mismo día en que Chuyen Du y Ky Tiang, de acuerdo a mis… manejos, salían del frente hacia Saigón.

—Interesante en verdad. Pero no entiendo bien esto… ¿Por qué

tenía que pedir un pase especial un corresponsal independiente?

—No tan independiente. Steve Gallager está asignado al Mando Estratégico de Relaciones de la Marina.

—Hummm… ¿Cree que esté relacionado, entonces, con el asunto que nos ocupa a nosotros?

—Es un chico avispado, Baby. De esos que quieren subir a toda costa. No me extrañaría nada que estuviese buscando por su cuenta y riesgo a los tres médicos desaparecidos.

—Loable decisión. ¿Su personalidad está bien definida?

—Desde luego, no pertenece a ninguno de los servicios secretos de Estados Unidos con los cuales he podido ponerme en contacto.

—¿Ni siquiera al FBI? —sonrió irónicamente Brigitte.

—¡Lagarto, lagarto…! Eso será muy difícil de averiguar: ya sabe el dicho que tenemos en la CIA, Baby.

—Lo sé muy bien: si quieres encontrar un buen enemigo, duro de pelar, busca a un agente del FBI Nos tenemos una cortés antipatía mutua…, salvo excepciones.

—¿Excepciones?

—¿Le sorprendería saber que tengo muchos y buenos amigos en el mismísimo FB. I.?

—De usted no me sorprendería nada. ¿Por qué no aprovecha esa amistad y se entera de si Gallager es un Gman?

—Porque si me decidiese a llamar a uno de mis amigos del FBI seguramente se convertiría en el hombre más tonto e ignorante de la Tierra, no sabría nada de nada. ¿Algo más?

—No. Todos los doctores especialistas en laboratorio están en sus puestos, al parecer. Y no hay movimiento que yo o mis amigos hayamos considerado digno de atención. ¿No han intentado algo contra usted?

—Todavía no —rió Brigitte—. Pero no desespero. Hasta luego, Simón.

—Adiós.

Brigitte cerro la radio, la guardó y miró su relojito. Tenía la descorazonadora impresión de estar perdiendo lamentablemente el tiempo. Nada ocurría. En cuanto a los tres médicos adscritos a las fuerzas norteamericanas en Vietnam, había llegado a la conclusión de que eran hombres de valía más bien corriente, nada excepcional. Básicamente, se debía pensar que habían sido raptados. Y sin

embargo, al mismo tiempo, se preguntaba para qué podía querer alguien a tres médicos corrientes y vulgares… Pero especialistas en trabajos de laboratorio.

Éste era el punto que no acababa de comprender bien. Era obvio que los vietcongs disponían de médicos, de laboratoristas… De todo. No en vano, si bien más o menos subrepticiamente, estaban siendo ayudados por China y por Rusia, de uno u otro modo. No parecía lógico que los norvietnamitas estuviesen precisados de médicos ni de laboratoristas, cosa que, indudablemente, habría llevado a los tres médicos americanos muy lejos de los varios frentes de combate. Por lo menos, hasta Hanoi…

Desconcertante. Eso era todo.

Hacia las seis y media sonó una llamada a la puerta de su *suite*, y Brigitte se quedó mirando fijamente hacia allí, como si quisiera atravesar la puerta con la mirada. Dejó la revista a un lado, se levantó, alzó sus faldas y arrancó la pistola que llevaba pegada al muslo izquierdo con esparadrapo color rosa. Pegó los extremos del esparadrapo en la palma de la mano, de modo que la pistolita quedó aceptablemente oculta, y fue a la puerta.

—¿Quién?

—¿Qué tal, doctora? —Oyó—. ¿Recibe visitas?

Steve Gallager.

Una visita muy interesante.

Brigitte abrió la puerta y se quedó mirando al reportero fotógrafo, simulando maravillosamente su asombro y una cierta esperanza.

—Señor Gallager… ¿Debo entender, por su visita, que ha encontrado alguna pista…?

El fotógrafo entró, quizás un tanto rudamente, y cerró la puerta sin perder de vista a la espía.

—¿Está sola, doctora?

—Sí… Claro. Debo decirle que su actitud…

La actitud de Steve Gallager empeoró considerablemente. De pronto, sorprendiendo del todo a Brigitte, la golpeó con fuerza en el estómago, y luego la derribó al suelo de un revés, que Brigitte pudo esquivar a medias, recibiéndolo en la parte alta de la cabeza en lugar de en pleno rostro, como se había propuesto Gallager.

Lo demás sucedió con tal rapidez, que cuando quiso darse

cuenta el fotógrafo estaba sobre ella, apretándole el cuello contra el suelo con una mano, mientras con la otra la apuntaba con una pistola de fabricación americana. Era evidente, sin embargo, que no sabía que la espía internacional tenía su pistolita pegada a la mano derecha, y que con un ligero movimiento podía haberla disparado contra su cabeza…

—Vamos a hablar claro, doctora —musitó Gallager—. Vengo ahora mismo del cuarto de Ky Tiang. ¿Qué diría que he visto allí?

—Me está… lastimando, señor Gallager…

—Lamentable. Pero le aseguro que éste es el primer paso antes de degollarla. ¿Quiere contestar a mi pregunta?

—¿Cuál… cuál pregunta?

—Mire, guapa… Voy a ser sincero con usted: me importa un rábano lo de Ky Tiang, pero me gusta descubrir cosas, y contarlas en mi periódico. Por eso estoy detrás de la pista de esos tres médicos desaparecidos. Le diré, entre otras cosas, que tengo un buen olfato, y que ese olfato me dice que hay algunos americanos metidos en esto… Tengo muchos deseos de conseguir una noticia buena, importante, sensacional… ¿Lo entiende?

—No sé…

—Fíjese: tres médicos desaparecen, uno de ellos tuvo relaciones con Ky Tiang… Relaciones muy… íntimas, ¿entiende? Entonces, yo decido aproximarme a Ky Tiang. Lo consigo, intimo con ella… Ayer tarde se presenta usted en su cuarto, en la posada O Ao Pen… Y esta tarde yo voy a buscar a la chica y la encuentro degollada, fría y tiesa como un alambre. Sumemos dos y dos y comprenderá que yo tenía que venir a hacerle una visita… ¿Lo entiende ahora…, doctora?

—¿Quién es usted, señor Gallager? ¿Para quién trabaja?

—Ajajá… Ahora vamos entrando en razón. Soy Steve Gallager, y trabajo para la gloria, la fama y la opulencia de Steve Gallager. ¿Hay algo que esté dudoso, doctora?

—¿Es usted… un agente secreto?

—Divertido… ¡Muy divertido! Oiga, rica, yo soy mucho yo para andar por ahí jugando a los espías. Gente de poca monta, ya sabe: mucha fama y poca realidad. No, guapa, no, nada de espía: soy un fotógrafo con muy buen olfato, eso es todo. Me gusta mi trabajo, y…

Justo en aquel momento se oyó otra llamada a la puerta.

Brigitte Montfort hubiese podido seguir dominando la situación, pero, como él mismo había dicho, Gallager no era un espía, «gente de poca monta». Por eso se estremeció, se sorprendió, casi se asustó… y se volvió hacia la puerta.

Recibió debajo de una oreja el golpe que Brigitte le dio con su pistolita, salió despedido hacia un lado, y cuando quiso utilizar la pistola, unos finos deditos de muñeca se clavaron en su mano como si fuesen parte de una cruel tenaza que hizo crujir sus huesos. La pistola escapó de la mano de Steve Gallager, pero él intentó todavía recuperar el dominio de la situación… Recibió otro golpe de pistola, ahora de lleno en la frente, que lo derribó de espaldas de nuevo. Medio aturdido, protegió su cabeza con ambas manos…, y entonces recibió un codazo en el hígado que lo dejó lívido, paralizado. Cuando apenas había movido las manos hacia aquel punto, la manita izquierda de Baby Montfort le acertó de lleno en la garganta, de canto, y el fotógrafo pasó al mundo feliz de los sueños, tras un ronquido angustioso…

La llamada se repitió entonces y Brigitte tuvo que recurrir a todo su dominio para preguntar con voz normal, tranquila:

—¿Quién es?

—Botones. Un telegrama, señorita Connors.

—Un momento, por favor.

Sabía positivamente que el momento había llegado. Mentira que ella recibiese allí ningún telegrama, ya que, excepto Simón, nadie, ni siquiera la CIA misma, sabía que ella estaba allí con el nombre de la doctora Julie Connors. Eso quería decir que el momento del contacto había llegado. La persona o personas a las que Ky Tiang había avisado de su presencia en Saigón se habían puesto ya en acción…

Arrastró al desvanecido Steve Gallager hacia el dormitorio, pensando irónicamente que en adelante se guardaría muy bien de definir a los espías como «gentes de poca monta»… Sobre todo a las espías de dulces ojos azules y sonrisa de niña buena e indefensa.

Abrió el armario, metió dentro a Gallager y luego sacó del maletín el rollo de esparadrapo de color rosa, con tiras del cual ató a Gallager en menos de medio minuto, por los tobillos, las muñecas, y sellando su boca. Luego, en medio minuto más, abrió la ventana

del cuarto de baño, anexo al dormitorio, y dejó sobre la mesita de cañas de bambú el paquete de cigarrillos y su encendedor de gas. Se desnudó a toda prisa, tiró las ropas encima de Steve Gallager, dentro del armario, y cogió una bata, que se puso mientras corría hacia la puerta…

Cuando la abrió se quedó mirando desconcertada al hombre blanco que había ante la puerta, y que la miró un tanto irónicamente, fruncido el ceño en un gesto de burla más bien amable.

—Oh… —se «sorprendió» la espía—. Creí entender…

—Entre, señorita Connors. Quisiera charlar con usted.

Brigitte se arregló los cabellos, que ella misma había desordenado mientras corría hacia la puerta.

—Pero no estoy ahora en condiciones de… ¿Quién es usted?

El hombre cerró la puerta, miró a todos lados vivamente, y, de pronto, se adelantó.

—¿Dónde está su compañero?

—¿Mi… compañero?

—El hombre que ha entrado aquí hace poco. Un hombre alto, con una barba pequeña y muy graciosa, gorra de yachtman… Un tipo bastante pintoresco. ¿Dónde está?

—No… no ha entrado nadie aquí, señor… Y quiero decirle…

—Cállese.

La cogió de un brazo y tiró de ella hacia el dormitorio. Inmediatamente, a través de la abierta puerta del cuarto de baño, vio la ventana de éste, también abierta. Miró hoscamente a Brigitte, la dejó tambaleante en el umbral del dormitorio y fue hacia la puerta de la *suite*, la abrió de un tirón y señaló hacia el interior con un dedo.

—Ved a dónde da la ventana del cuarto de baño. ¡Deprisa!

Dos vietnamitas entraron en la *suite*, corrieron al cuarto de baño y miraron hacia el exterior por la ventana. Luego, volvieron junto al desconocido americano y dijeron algo en su idioma. El hombre les contestó en el mismo y señaló furiosamente hacia la puerta de la *suite*, por la que los dos vietnamitas se apresuraron a salir a toda prisa.

—Muy bien, doctora Connors… —susurró el desconocido—. Debo admitir qué son ustedes muy listos.

—No… no entiendo…

Brigitte se acercó a la mesita de cañas de bambú, sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió, utilizando el encendedor. El oído de su descortés visitante no era tan fino como para oír el suave clic del mecanismo fotográfico camuflado en el encendedor. Y no lo oyó a pesar de que Brigitte tuvo que encender por tres veces el cigarrillo, de tan «nerviosa» como estaba…

El hombre la estaba mirando de reojo, en silencio. Brigitte fue a su maletín, lo abrió, metió la mano dentro y abrió el contacto de la radio de bolsillo. Cuando sacó la mano, tenía en ella una boquilla… Una boquilla tan especial que, de haber querido, podía haber matado en un segundo a su visitante. Pero todo lo que hizo fue colocar el cigarrillo en la boquilla, con manos temblorosas, y volver a mirar al hombre.

—Parece usted muy nerviosa —sonrió éste.

—Comprenda que…

—Comprendo que eso no es propio de una doctora… o de una espía, señorita Connors.

—¿Es… espía…? Señor…

—Gordon Molloy —sonrió secamente el hombre.

—Señor Molloy, yo creo… creo que usted está… loco.

—Por completo —asintió Molloy, siempre irónico—. Y usted es una estúpida si cree que ha podido engañarnos. Hemos hecho unas pequeñas averiguaciones y, según parece, usted llegó ayer de Singapur. Pero no sabemos nada más sobre usted, salvo que ayer visitó a Ky Tiang y a Chuyen Du. Naturalmente, para haber llegado hasta ellas apenas una hora después de su llegada a Saigón, debe de contar con amigos aquí… Como es lógico, creo que usted pertenece a la CIA.

—¡A la CIA! —gimió Brigitte—. ¡Pero, señor Molloy, esto es un disparate! ¡Le aseguro que…!

—Vístase, señorita Connors…, o como se llame. Va a venir con nosotros. Por las buenas, espero. Preferiría no tener que matarla de un par de balazos. Saque sus ropas del armario y vaya tirándolas hacia mí, para que las examine. Luego, póngase en aquel rincón, y vaya vistiéndose a medida que yo le vaya devolviendo las prendas… ¿Lo ha entendido bien?

—Sí… Sí, sí, pero…

—Haga lo que le he dicho. Y será mejor que deje de fumar: se podría quemar.

Brigitte dejó la boquilla en el cenicero, fue al armario, lo abrió de modo que Gordon Molloy viese sus ropas pero no al maniatado Steve Gallager, y lo fue cerrando a medida qué iba tirando las distintas prendas a las manos de Molloy, que las palpaba y a su vez las iba tirando al rincón por él señalado. Ya revisadas todas, señaló hacia allí.

—Vístase.

—Pero… tengo que quitarme la bata…

—Así lo espero.

—Pepero… pero si usted está aquí…

—¡Vamos, vamos, no quiera engañarme con su candor falso, señorita «como se llame»! Hágalo como usted quiera, pero vístase delante de mis ojos… ¡Y hágalo pronto!

Brigitte se las arregló para ir ocultando su cuerpo con la bata a medida que se iba colocando las otras prendas. Estaba ya vestida cuando la puerta de la *suite* se abrió, y los dos vietnamitas entraron de nuevo. Dijeron algo a Gordon Molloy, y éste miró aviesamente a la divina espía.

—Su amigo ha tenido más suerte que usted: ha podido escapar.

—No tengo ningún…

—Es mejor que se calle. ¿Está lista?

—¿Tengo… tengo que ir con ustedes?

—Inteligente deducción, doctora.

—Pepero ¿adónde… adónde me llevan ustedes?

—A dar un paseo por una frondosa colina llena de hermosas casas exóticas. Si se porta bien la trataremos bien; si se porta mal, temo que le ocurrirá lo mismo que a Ky Tiang y Chuyen Du… Usted ya sabe, ¿verdad? —Se volvió hacia los dos vietnamitas—. Id al coche y esperad allí. Y aseguraos de que el hombre que visteis entrar aquí no está cerca del coche.

Salieron los dos rápidamente. Brigitte también se dirigió hacia la puerta, con expresión resignada. Pero pareció recordar algo y cambió su marcha hacia el maletín… Estaba con la mano muy cerca del asa cuando una de las de Gordon Molloy la apartó rudamente, y la otra se apoderó del maletín.

—Vuelva al rincón… —dijo fríamente—. Y vuélvase de

espaldas… Si noto que intenta volverse, la mato.

Brigitte obedeció como quien está entre asustado y desesperanzado. Pero, realmente, dadas las circunstancias, aquello era lo único que podía hacer, ya que, en esta ocasión, no había sido ella quien se había aproximado al enemigo, sino que había tenido que esperar a que éste fuese a buscarla.

Gordon Molloy examinó brevemente el contenido del maletín, y comprendió inmediatamente la mayor parte de la serie de trucos que éste contenía. Y, de todos ellos, destacó inmediatamente la pequeña radio abierta, camuflada en el paquete de cigarrillos.

La cerró, se acercó a Brigitte y se paró junto a su espalda. De pronto, la golpeó en corto en los riñones, lanzándola contra el ángulo de las dos paredes.

—Muy lista, ¿eh? —masculló—. Pues ya verá muy pronto que los demás no somos precisamente tontos. Ahora vamos a salir de aquí. Yo iré junto a usted, un poco retrasado, y con la pistola en la mano dentro del bolsillo. Lleva silenciador, de modo que si piensa que no voy a decidirme a disparar en un momento dado, sólo tiene que hacer alguna cosa que me disguste. ¿Lo entiende?

—Sí —gimió Brigitte.

—Pues en marcha.

Salieron los dos de la *suite*. Brigitte pensó en la conveniencia de atacar a Gordon Molloy con cualquiera de sus trucos, pero sólo conseguiría perder la pista, ya que los dos vietnamitas que esperaban abajo escaparían en cuanto viesen mal las cosas. Y, por supuesto, se apresurarían a comunicar a otras personas el percance sufrido por Molloy, de modo que, aunque éste dijese dónde encontrar a sus amigos, ya se habrían marchado cuando ella llegase…

Cruzaron el vestíbulo del hotel los dos con actitud muy normal, tranquilos. La única expectación que despertaron fue la normal en unos hombres que veían una hermosísima mujer de ojos azules. Ya en la calle, se aproximaron al bordillo, y Brigitte vio enseguida el automóvil negro que se acercaba a ellos. Molloy abrió la puerta de atrás y ella no necesitó indicaciones de ninguna clase. Entró, Molloy lo hizo tras ella y el coche reanudó la marcha, sin que Brigitte hubiese visto ni rastro de Simón. Seguramente no estaba todo lo cerca de allí que era de desear, y aunque habría estado oyéndolo

todo por la radio de bolsillo, aún no había tenido tiempo de llegar al hotel…

En cuanto a Steve Gallager, había salido bien librado, gracias a ella. Tarde o temprano conseguiría desatarse.

* * *

Steve Gallager vio, en primer lugar, aquella mano grande y fuerte, con el cuchillo en ella, y sus ojos se abrieron, asustados. Pero el cuchillo fue utilizado para cortar las tiras de esparadrapo de sus tobillos y muñecas, y luego fue ayudado a salir del armario.

Se encontró ante un hombre más alto que él, más ancho de hombros, de fría mirada oscura.

—Quítese la mordaza —gruñó aquel hombre—: usted se hará menos daño que yo, Gallager.

El fotógrafo obedeció, tirando cuidadosamente de la cinta adhesiva que sellaba sus labios, mientras sus ojos seguían los movimientos del atlético desconocido.

—¿Quién es usted? —preguntó, ya libres sus labios.

—¿Dónde está ella? —espetó, como respuesta, el otro.

—Se la llevaron… Oí algunas palabras, solamente, porque estuve unos minutos sin sentido… ¿Quién es usted?

—Mao Tsétung —farfulló Simón—. ¿Tiene idea de adónde han podido llevarla exactamente?

—No…

—Y usted…, ¿qué hace aquí, Gallager?

—No le diré nada, a menos que sepa…

—No sea estúpido. No voy a contestar a sus preguntas. Sólo le diré que la doctora Connors está de nuestra parte. De la de usted y la mía, Gallager. ¿Lo ha entendido bien?

—Sí.

—Bien. Dígame a qué vino usted aquí… ¿Ella lo dejó en el armario?

Steve Gallager asintió con la cabeza, adoptando de pronto una expresión sorprendida, perpleja.

—Es una mujer muy peligrosa… —susurró—. Todavía no sé cómo pudo vencerme…

—Casualidad —ironizó Simón—. ¿A qué vino usted aquí?

—Me pareció que la doctora sabría algo de la muerte de Ky Tiang, y, por tanto, quizás algo sobre el paradero de los doctores Dowen, Riss y Mc Vay.

—Me lo temía. ¿De modo que se está usted complicando la vida con esas cosas? Mire, Gallager, siga un buen consejo: vuelva al frente, o a cualquier campamento, y dedíquese a tomar fotografías bonitas y patrióticas. Cada uno a su oficio… ¿Okay?

—¿Puedo marcharme?

—Por supuesto. Ya le he dicho que la doctora y yo somos amigos de usted, no enemigos… ¿Pudo oír algo que me ayude a localizarla?

—No. Sólo hablaron de que la iban a llevar a dar un paseo por una frondosa colina llena de hermosas casas exóticas…

—Sí… Ya sé eso… Lo estuve oyendo por la radio…

Simón dejó de hablar, de pronto. Se quedó mirando el encendedor que había en la mesita, junto al cenicero en el cual estaba la boquilla. Lo cogió cuidadosamente y le dio unas vueltas entre los dedos. Luego examinó también la boquilla, bajo la atenta pero inexperta mirada de Steve Gallager.

De pronto Simón sonrió, desconcertando al fotógrafo.

—Espere un momento, Gallager: ¿podría revelarme unas fotografías?

—Desde luego.

—¿Quiere hacerlo? ¿Quiere ayudarnos a la doctora y a mí?

—He sido un poco imbécil, según parece… —murmuró Gallager —. Le ayudaré en lo que pueda, señor…

—Llámeme Simón, simplemente. ¿Cuánto tardaría en revelar unas microfotos?

—¿Micro…? Oh, bueno, media hora… Puedo intentarlo en menos tiempo si…

—En marcha. Ah, encontré una pistola escondida bajo el sofá… No creo que semejante trasto prehistórico pertenezca a la doctora, de modo que…

—Es mía. ¿Me la devuelve?

Simón sonrió extrañamente, ladeó la cabeza y hubo un destello malicioso en sus ojos.

—¿Cómo no? —La tiró hacia él—. Vamos a revelar esas microfotos. Hay prisa, Gallager. Tomaremos un taxi…

—Dejé mi *jeep* cerca de aquí. Podemos ir en él.

—Magnífico. Tengo curiosidad por ver estas microfotos.

* * *

Las miró ya mientras todavía se estaban secando. Y vio el rostro de Gordon Molloy, con toda claridad.

—Un buen trabajo… —sonrió secamente—. ¿Puede sacar veinte o treinta copias de estas fotos, Gallager? Ampliadas, además.

—Puedo hacerlo, claro que sí.

—¿Dos horas?

—Más que suficiente.

—A trabajar. Olvídese de mí —sacó la radio de bolsillo y la accionó, preguntando—: ¿Din Poh?

—Sí, señor.

—¿Sabes algo?

—Nada en absoluto, señor.

—Llama a los demás. A todos. Os quiero en el garaje dentro de dos horas. Mientras tanto, ve pensando en un lugar que pueda definirse así: una frondosa colina llena de hermosas casas exóticas… De Saigón, naturalmente. ¿Crees que pueda ser la Colina Ngayen?

—Sí, señor. Puede ser.

—A ver si se te ocurre otro sitio. Y dentro de dos horas, en el garaje, todos reunidos. Dejad lo que sea que estéis haciendo.

—Sí, señor.

—Pues hasta dentro de dos horas.

* * *

Steve Gallager se quedó mirando, impresionado, a aquellos doce coolies harapientos de brillante mirada y flacos cuerpos. Estaban distribuidos en aquel local que llamaban «garaje», y que era sólo una especie de cuadra llena de paja formando montones en los cuales, fácil era comprenderlo, dormían algunos de ellos. A un lado se veían tantas rickschas como hombres esperaban las palabras del llamado Simón. Por toda iluminación, un viejo farol de petróleo, en un rincón, dando a todo un auténtico tono siniestro, inquietante.

Tan inquietante como aquella callejuela que habían tenido que

recorrer a pie, ya que no admitía el paso del *jeep* con que había sido dotado el fotógrafo por el Mando Estratégico de Relaciones de la Marina.

Uno de los coolies se adelantó al encuentro de Simón, el cual habló en inglés, sin duda en atención a Gallager:

—Tenemos treinta fotografías de la cara de un hombre llamado Gordon Molloy, que quizá pueda ser hallado en la Colina Ngayen, en una de esas casas residenciales. Vais a subir todos a las rickschas y os estaréis paseando por allí hasta que veáis a ese hombre o alguien de vuestra confianza os pueda indicar dónde está, en cuál de esas residencias podemos encontrarlo.

—Sí, señor.

—Ya sé que estáis cansados, pero yo también lo estoy, y cuando hay que trabajar se trabaja, Din Poh. Díselo a ellos y repartiros las fotografías. Si alguno tiene amigos de confianza, que se lleve alguna foto más para repartirlas. Quiero resultados cuanto antes.

—Haremos todo lo que podamos, señor.

Din Poh se volvió hacia los demás vietnamitas y les habló en su idioma. Cuando terminó, repartió las fotos, y luego todos sacaron sus rickschas del garaje y se alejaron. Din Poh fue el último, como si esperase alguna indicación más de Simón, pero éste se limitó a asentir con la cabeza y señalarle la salida.

Quedaron solos Gallager y Simón. El primero preguntó:

—¿Y ahora?

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué hacemos ahora?

—Usted puede marcharse. Yo…

—Quisiera ayudarle, Simón. ¿No puedo?

—¿Lo hace por la doctora? —Gruñó Simón.

—Es muy hermosa —sonrió el fotógrafo—. Y me gustaría sacarla de ese apuro. Pero no es sólo por eso: me gustaría darle un disgusto a quienquiera que sea que se ha llevado a tres de nuestros médicos, saber por qué lo han hecho, enterarme de…

—De acuerdo, Gallager. Salga de aquí y espéreme en la punta de la calle.

—Está bien.

Steve Gallager se dirigió a la puerta. Allí se volvió, sacó de un bolsillo una cámara no mayor que un paquete de cigarrillos, con el

flash ya incorporado, y se dispuso a buscar el mejor ángulo para la toma de aquella interesante fotografía…, que con un poco de suerte podría mejorar muchísimo cuando los doce coolies estuviesen reunidos de nuevo.

Simón se le puso delante, fruncido el ceño.

—Guarde eso —masculló.

—Sólo quería…

—Es evidente lo que usted quiere, Gallager. Pero no puede tomar fotos de este lugar, ni mías, ni de cualquiera de mis hombres. ¿Está claro?

—Lo siento… No me pareció tan misterioso el asunto…

Pareció que Simón fuese a decir algo entre irónico y violento, pero se contuvo, limitándose a señalar hacia la puerta.

—Espéreme en la punta del callejón.

—Bien.

El fotógrafo salió de allí y caminó lentamente, mirando a todos lados, hacia el extremo del empinado callejón sin más luz que un farol en la entrada. Un lugar muy poco recomendable para quien no fuese habitual allí o supiese defenderse muy bien por sus propios medios…

Pero nada le ocurrió.

Y diez minutos más tarde, cuando ya empezaba a inquietarse, vio acercarse a él, procedente del callejón, una rickscha, cuyos pedales movía un gigantesco coolie harapiento de un modo discreto, pelada la cabeza, calzados los pies con gruesas sandalias de suela de caucho… Bueno, él había visto que en el garaje quedaba una rickscha, en efecto, pero habría jurado que ni un solo coolie; todos se habían marchado…

La rickscha se detuvo junto a él y el coolie dijo:

—Suba, Gallager.

El fotógrafo estuvo a punto de lanzar un grito, pero pudo contenerse y musitar, tan sólo, incrédulamente:

—Simón…

—Vamos, suba. Tenemos que ir nosotros también a Colina Ngayen. No vamos a ser los únicos en incumplir la orden de buscar a la doctora.

Capítulo V

—Mi paciencia tiene un límite, doctora… —susurró amenazadoramente Gordon Molloy—. Quiero que me conteste.

Brigitte ni siquiera parpadeó. Tenía las mejillas enrojecidas y un hililllo de sangre salía por un lado de su boca, hacia la barbilla…

Molloy la tiró contra el sillón de mimbre, rebotó en él, y cayó al suelo. Pero, como en las anteriores ocasiones, ni siquiera se quejó. Molloy estaba perdiendo los estribos ante aquella resistencia pasiva pero de una firmeza en verdad irritante. La cogió por el ya desgarrado vestido y la puso en pie de un tirón.

—¡No me obligue a matarla! —Casi gritó—. ¡Le aseguro que sería un placer hacerlo!

La sonrisa incrédula de Brigitte todavía le puso más furioso. Aquella mujer parecía adivinar sus pensamientos: no podía matarla hasta que ella hubiese dicho cómo les había encontrado, quién le había proporcionado las pistas de Ky Tiang y Chuyen Du, quién era el hombre que la había visitado, dónde estaba, qué más sabían…

Un golpe derribó nuevamente a Brigitte, bajo la impávida mirada de los dos vietnamitas que habían acompañado a Gordon Molloy en todo momento, hasta llegar a aquella residencia en lo alto de Colina Ngayen, en la Avenida de las Tecas…

Una residencia no demasiado grande, construida con una acertada mezcla del tipismo local y el confort americano. Habían dejado el coche en el garaje, la habían llevado a la casa, adornada con esteras de bambú, jaulas con cacatúas, mueblebar estilo americano, ventiladores en el techo, cortinas de juncos en las ventanas… El salón era bastante espacioso, agradable, ordenado. En el rincón, una de las cacatúas enjauladas estaba gritando agudamente, lo cual empeoró el estado nervioso de Gordon Molloy, en perjuicio de Brigitte, que de nuevo fue alzada rudamente y atraída hacia el crispado rostro del americano residente en Saigón.

—Por última vez, doctora: la voy a matar ahora mismo si no contesta a mis preguntas… Empezaré de nuevo: ¿quién es usted y para quién trabaja?

Brigitte alzó flojamente una mano, la pasó por delante del brazo de Molloy y quitó la sangre que brotaba de un lado de su boca, debido al golpe que había clavado un diente contra la carne.

Eso fue todo.

Pareció que Molloy iba a golpearla de nuevo, pero de pronto la empujó, dejándola sentada en el sillón. Se separó de ella, estuvo mirándola unos segundos, sacó un cigarrillo, lo encendió, frunció el ceño… Se volvió hacia sus hombres.

—Vigiladla.

Salió del *living*, seguido por la mirada de Brigitte. Pero ésta ya no pudo verlo cuando Molloy entró en su dormitorio. Se dirigió al armario, lo abrió, apartó algunos de los trajes colgados, dejando ver la madera del fondo, asió un pequeño reborde y tiró de él, dejando al descubierto la radio escondida en el hueco. Se colocó los auriculares, manipuló en ella y lanzó al aire su contraseña:

—Avenida de las Tecas, llamando a Than Linh… Conteste, Than Linh… Cambio.

—¿…?

—Ha surgido un contratiempo. Hemos tenido que eliminar a Chuyen Du y Ky Tiang. Una mujer americana, que dice ser una tal doctora Julie Connors, está metida en esto. Sus documentos y pasaporte parecen en regla, pero creo que son falsos… Tengo a la mujer en la Avenida de las Tecas, pero no quiere hablar. Dijo que es Julie Connors, doctora en Medicina y Ciencias, especialista en laboratorios, y que estaba buscando al doctor Oscar Riss, porque él es su prometido. No quiere decir nada más, pero toda su actitud, sus movimientos, su seguridad en sí misma dan la impresión de que es una mujer… especial. En mi opinión, es un agente secreto. Cambio.

—¿…?

—Sí, sí… Igual que ellos tres: especialista en laboratorio… Puede ser cierto, o puede ser que ella esté buscando el modo de llamar nuestra atención, de acercarse a nosotros. ¿Qué hago con ella? Cambio.

—¿…?

—Me avisó Ky Tiang. Me llamó y me dijo que esa mujer la había

visitado, contándole una historia increíble respecto al rapidísimo modo en que había podido localizarla. Comprendí que la doctora mentía, y que tenía que moverme de prisa. Ky Tiang me había dicho ya que ella estaba en el hotel Mekong, y su nombre. Ordené la eliminación de Ky Tiang y de Chuyen Du, y me dediqué a vigilar el hotel. Llegó poco después, en un taxi, subió a sus habitaciones, y ya no salió de allí, ni recibió visitas hasta esta tarde, que la visitó un hombre. Entramos poco después que el hombre, pero éste había escapado por la ventana del cuarto de baño. A ella la tenemos aquí, y quiero saber qué hacemos. Cambio.

—…

—Entiendo… —Molloy miró su reloj—. Son las once y cuarto. Esperaré hasta las dos su decisión. ¿Algo más? Cambio.

—…

—De acuerdo. Cambio y fuera.

Apagó la radio, la camufló nuevamente y regresó al salón, donde Brigitte permanecía sentada, impávida, bajo la atenta vigilancia de los vietnamitas.

—Esperaremos unas tres horas, doctora Connors. Después de ese tiempo, es posible que usted comprenda que lo de matarla va completamente en serio.

—¿Ha pedido instrucciones por radio?

—Es posible.

—Eso quiere decir que usted no es el jefe.

—Puedo decirle quién o qué soy yo… —sonrió fríamente Molloy—. A cambio, usted me dirá quién es… o qué es.

—Obviamente, Molloy, soy… una espía. Aunque en este caso mi labor es de contraespía. Más o menos, viene a ser lo mismo.

—Es usted muy lista, ¿eh? —masculló Molloy—. Ha conseguido lo que quería: movilizarme, saber que tengo contactos con los cuales consultar las decisiones importantes… Sí, es muy lista, doctora.

—Y usted es muy amable… ¿Lo sería hasta el punto de darme un cigarrillo?

—No.

—¿Puedo tomarlo de mi maletín, al menos?

—Todavía menos. Su maletín es una caja de sorpresas, doctora. Yo diría, por ciertos pequeños detalles, que está trabajando usted

para la CIA. ¿Correcto?

—Oh, sí, sí… Para la CIA, eso es.

Molloy frunció el ceño hoscamente, pero optó por dirigirse hacia el mueblebar y servirse un *whisky*. Miró a uno de los vietnamitas y le señaló hacia la cocina.

—Ve a preparar algo para comer. Pero sólo para tres… Dejaremos que la doctora mantenga su dieta para conservar la línea.

Brigitte miró, sonriente, al vietnamita que se dirigía hacia la cocina. Luego, a Molloy, que no dejaba de mirarla fijamente, como una fiera al acecho de su presa.

—¿Ni siquiera va a invitarme a un trago, Molloy? Me conformaría con una copa de champaña frío… Aunque no fuese Dom Perignon 55. Pero si no tiene champaña, aceptaré un *whisky*. Espero que mis desplantes no van a influir para que ahora se porte como un caballero. A fin de cuentas…

Molloy hizo una enérgica seña al vietnamita que quedaba en el salón.

—Amordázala y átala. Está buscando irritarme, provocar algo que no acierto a comprender. No quiero oír más su voz.

El vietnamita asintió con la cabeza. Fue al maletín de Brigitte y sacó de él el rollo de esparadrapo color rosa. Se acercó a la espía y le ordenó por señas que se pusiera en pie. Brigitte obedeció mansamente, pero con aspecto de disgusto…

Tan disgustada debía de estar, que lo demostró aferrando con sus deditos una de las manos del vietnamita, girando ante él y tirando de la mano hacia adelante, hasta que el sobaco del sorprendido individuo quedó en su hombro derecho; un fuerte tirón hacia adelante y abajo, y el vietnamita salió volando en dirección al mueblebar modelo americano…

Sin esperar los resultados de aquel vuelo, Baby Montfort corrió hacia el interruptor de la luz, apagó ésta y tiró de la puerta…, que estaba cerrada. Se volvió, dio de nuevo la luz y vio a Molloy pistola en mano, corriendo hacia ella, con lo cual se convenció definitivamente de que, por el momento, querían evitar matarla. Apagó otra vez la luz, la volvió a encender, la apagó de nuevo… y se apartó justo a tiempo para evitar el golpe que le dirigía Molloy con la pistola, que dio en la puerta.

En cambio, el rodillazo de Brigitte acertó de lleno el bajo vientre de Molloy, que lanzó un chillido y se tiró a un lado…, mientras el vietnamita llegaba junto a Brigitte, un poco desorientado, con la pistola también en la mano.

—¡No la mates! —jadeó Molloy, incorporándose penosamente.

El vietnamita quiso conseguir lo que no había logrado Molloy.

Y su mano no golpeó la pared o la puerta con la pistola, sino que fue atrapada en el aire por la agente de la CIA. Y, contra lo que esperaba el vietnamita, aquella vez no intentó lanzarlo por encima de ella, sino que apartó la mano armada y luego le golpeó con el canto de su derecha en el cuello, bajo la oreja. El golpe no fue tan fuerte que pudiese desplazar violentamente a un hombre, pero el vietnamita se vino al suelo como fulminado, de rodillas y luego de bruces Brigitte volvió a dar la luz, vio a Molloy ya casi en pie y le golpeó en la barbilla con un pie, derribándolo de nuevo. De nuevo apagó la luz y se dedicó a forcejear con la puerta. Oyó tras ella el jadeo de Gordon Molloy, dio de nuevo la luz y se le enfrentó.

Pudo esquivar el golpe del jadeante Molloy, apagó de nuevo la luz y corrió hacia una de las ventanas. Asió los cordones, tiró hacia abajo y la esterilla se alzó…

El brazo izquierdo de Molloy rodeó su garganta, por detrás, y la mano derecha bajó con fuerza sobre su cabeza, golpeándola con la pistola. Ni siquiera notó el segundo golpe, ni el batacazo contra el suelo cuando Molloy la apartó de sí, furiosamente, de un empujón.

El vietnamita estaba de nuevo en pie, vacilante, sacudiendo la cabeza…

—Enciende la luz —gruñó Molloy.

La luz fue encendida, y Molloy bajó la persiana. Se quedó mirando a Brigitte con los ojos desorbitados por el dolor y la rabia.

—Átala ahora… ¡Así no volverá a sorprenderte, estúpido!

El vietnamita no se alteró. Se dedicó a atar a Brigitte con el esparadrapo mientras el otro, que había llegado corriendo de la cocina cuando Molloy sujetaba a Brigitte por la espalda, regresaba a preparar algo de comer. Molloy fue al bar, lo enderezó, recogió lo que no se había roto y se sirvió otro trago de *whisky*, todavía pálido, notando casi temblorosas las rodillas, y aquel profundo dolor en el bajo vientre.

—Maldita sea… ¡Ojalá me digan que la matemos! ¡Y que se

vayan al diablo sus amigos, sepan lo que sepan!

* * *

El coolie detuvo la rickscha junto al bordillo, sacó la radio de bolsillo y admitió la llamada.

—¿Sí?

—Avenida de las Tecas, señor.

—Voy inmediatamente.

Se guardó la radio y de nuevo se dedicó a pedalear mientras se orientaba mentalmente hacia la Avenida de las Tecas.

—¿Qué ocurre? —pregunfó Gallager, dentro de la rickscha.

—Parece que algo les ha llamado la atención en la Avenida de las Tecas. Iremos allá a ver qué es ello. Llegaron apenas en cinco minutos, dado que todos los coolies de aquel grupo de doce estaban vigilando exclusivamente aquella colina llamada Ngayen, incluyendo a Simón. Éste dejó la rickscha junto a una de las gigantescas tecas que daban nombre a la avenida, y saltó del sillín, acercándose al hombre que esperaba a la sombra de aquel enorme árbol.

—Dime, Din Poh.

—Algo ha pasado en una casa de más arriba. La luz empezó a apagarse y encenderse, de pronto. Varias veces. Luego quedó encendida y bajaron una persiana.

—¿Crees que fueron señales?

—Hon Pao dice que se encendió y se apagó varias veces, seguidas… Estaba pasando cerca de la casa y le llamó la atención. Puede que no sea nada importante, pero…

—Pero no tenemos otra cosa que hacer más que asegurarnos de ello, Din Poh. Señálame esa casa, desde cerca… —Se volvió hacia la *rickscha*—. Usted quédese aquí, Gallager. Y si oye disparos, acuda hacia allá… ¿Entendido?

—Claro.

Simón se alejó, acompañado de Din Poh, quien le señaló la casa pocos segundos después.

—Aquélla.

—Tiene luz ahora.

—Sí, señor.

Simón vaciló unos segundos.

—Bueno… Nadie va a perder nada porque yo me dé un paseo por ese jardín. Quédate aquí y vigila.

—Sí, señor.

El agente de la CIA se acercó a la casa, caminando con naturalidad. No se veía a nadie por la avenida, de modo que, pocos segundos después, con rapidísima agilidad, escalaba la verja y saltaba al otro lado. Si habían definido bien el lugar, o sea, una frondosa colina llena de hermosas casas exóticas, la Avenida de las Tecas era un lugar tan probable como otro cualquiera para tener capturada a la agente de la CIA llamada en clave Baby.

Capítulo VI

Llegó sin novedad al garaje, y pudo entrar en él.

Había dos coches, uno de marca japonesa y uno americano, de la casa Chrysler. El de marca japonesa era biplaza, pequeño, de color claro. El otro era muy grande, amplio, de color oscuro; el coche ideal para varias personas que no quieran destacar por la originalidad del modelo. Abrió una de las portezuelas de atrás, metió la cabeza, encontró la luz y la encendió. No vio nada digno de interés en los asientos, pero le pareció percibir un suave olor a perfume… Pasó al asiento delantero, encontró las cerillas en el tablier, encendió una, la movió rápidamente dentro del coche y luego la apagó.

Salió, volvió a entrar y volvió a olfatear: el perfume, mezclado con el acre olor de la cerilla quemada, llegó de nuevo a su olfato.

Pasó al asiento delantero, abrió otro compartimiento del tablier y sacó unos cuantos papeles: mapas, folletos de viaje, un paquete de cigarrillos americanos… Y una carta dirigida a Gordon Molloy… La carta llevaba el membrete de una casa fabricante de conservas de Chicago, y en ella se comunicaba a Molloy que las gestiones realizadas por él cerca de la Marina parecía que iban a dar fruto, y que la Marina compraría al fin conservas para sus tropas en Vietnam…

No hacía falta ver más. Ni pensar demasiado para comprender que Gordon Molloy, además de no ser demasiado listo, tenía muy poco que ver con el espionaje profesional. De otro modo, habría estado utilizando diversos nombres, uno para cada ocasión.

Salió del garaje y se acercó cautelosamente a la casa.

Se veían algunas rayas de luz en las dos ventanas de la fachada, pero no pudo ver nada, debido a las persianas. Tampoco se atrevió a moverlas, porque sabía que el menor fallo ocasionaría un desenlace rápido en el cual la agente Baby no llevaría buena parte,

precisamente.

Decidió volver a la rickscha, de modo que saltó la verja a la inversa, recogió a Din Poh y ambos se reunieron con el ya impaciente Steve Gallager.

—¿Qué…?

—Cálmese, Gallager. Ella está ahí…, supongo que viva.

El fotógrafo se mordió los labios.

—Lo supone…

—Por ciertos detalles —sonrió Simón, pensativo—. Demonios, esa chica es muy lista, Gallager, de veras… Evidentemente, ha sido ella quien ha apagado y encendido la luz varias veces. De lo cual, se desprende que está convencida de que yo oí parte de la conversación que sostuvo con Molloy. Lo suficiente para haber localizado la Colina Ngayen, y luego, gracias a esos apagones de la luz, la casa de la Avenida de las Tecas…

—Está bien. Simón, ella es muy lista: ahora, vamos allá y ayudémosla.

—Poco a poco, fotógrafo… Lo que usted está sugiriendo es muy rudimentario. No, no, no… Ella no quiere eso, se lo aseguro. Fíjese bien: a usted le golpeó con una pistola, y, en cambio, cuando abrió la puerta de la *suite* a ese Molloy, no debía de llevarla… ¿Sabe por qué? Porque ella estaba esperando algo así… Lo estábamos esperando los dos. Ahora, el contacto se ha producido, y ella está de lleno en la pista…

—La tienen prisionera —rectificó Gallager.

—¿Prisionera? Oh, sí… Bueno, es lo mismo que si unos cuantos patos invitasen a una pantera a su corral, y dijesen que la tenían prisionera… ¿No es divertido?

—No le veo la gracia por ninguna parte.

—Lo que yo digo siempre: cosas del oficio. Mmm… Bueno, no se me ocurre ningún medio por el que los patos pudieran retener a la pantera si la pantera quisiera marcharse… ¿Y sabe por qué no quiere marcharse la pantera, Gallager?

—No —gruñó el fotógrafo.

—Pues… Bueno, quizás está esperando que vengan todos los patos al corral. No dos o tres, o cuatro… Una docena de patos sería un magnífico banquete.

—Usted está sobreestimando a esa mujer.

—Espero que no. Veamos… ¿Qué hora es?

—Las once y… Las doce menos dos minutos.

—Bien… Din Poh lo va a llevar a nuestro garaje en su rickscha. Luego, mientras él va a recoger algunas cosas mías, usted se meterá en su *jeep*, y cuando Din Poh regrese aquí, lo seguirá, Gallager. En el *jeep*, naturalmente. Deje el *jeep* no demasiado cerca de la casa que nos ocupa y vuelva a pie hasta mi *rickscha*. ¿Entendido?

—Claro. Pero…

—Con una hora tienen tiempo más que suficiente los dos. Din Poh, recoge mi equipo pequeño del garaje y tráemelo. Deprisa.

—Sí, señor. ¿Vamos, señor Gallager?

—Está bien —gruñó Gallager—. Me siento como un tonto en la clase de los chicos listos.

* * *

Regresaron cincuenta minutos después. En la rickscha de Simón no estaba éste, sino un vietnamita que dijo algo a Din Poh. Éste asintió con la cabeza y miró a Gallager.

—Usted esperará aquí. Yo iré a llevarle el equipo al jefe.

Gallager encogió los hombros y Din Poh se alejó. Medio minuto después se reunía con Simón junto a una de las grandes tecas cercanas a la residencia de la colina.

—¿Todavía están ahí, señor?

—Sí. ¿Lo has traído todo?

Din Poh le tendió un paquete, que Simón abrió. Sacó dos diminutos objetos metálicos, los guardó en los pliegues de su ropa y señaló hacia atrás.

—Cuida de que el fotógrafo se esté quieto, Din Poh. Es demasiado nervioso. ¿Ha traído el *jeep*?

—Está detrás de su rickscha, señor… A unos doscientos metros, más o menos.

—Estupendo. Ve allá.

Simón volvió a saltar la verja y de nuevo entró en el garaje. Primero se tendió junto al pequeño automóvil de marca japonesa. Luego lo hizo bajo el Chrysler… Cuando salió del garaje, cada uno de los coches llevaba adherido magnéticamente uno de aquellos pequeños objetos metálicos.

Y mientras, ya fuera de la residencia, regresaba hacia su rickscha. Simón se iba preguntando cómo habrían ocurrido las cosas si aquella gente hubieran sido espías profesionales. A buen seguro que en aquellos momentos él ya tendría un par de balas en las tripas…

¿Qué clase de estúpidos eran aquellos que se atrevían a pelear contra la CIA sin tener ni la más pequeña noción de espionaje, de astucia…?

Cuando llegó a la rickscha, Din Poh le tendió el aparato que se había llevado consigo. Simón movió un dial y en el acto empezó a oírse, con fuerza, un continuado pippippippip…

—Funciona. Si no se alejan más de tres millas de nosotros, no podrán despistamos… ¿Qué tal está su *jeep* de gasolina, Gallager?

—Bien… Debo de tener para unas doscientas millas, calculo.

—No está mal, no… Din Poh, llama a los demás, que se concentren cerca de la casa, sin las rickschas. Pero que nadie haga nada, a menos que yo dé expresamente la orden. Como siempre, serás el enlace… Estate atento a mi llamada.

—Sí, señor.

Din Poh y el otro vietnamita se alejaron, Simón se metió dentro de la rickscha y señaló hacia atrás.

—Vaya a su *jeep*, Gallager.

—¿Y qué hago allí?

—Esperar. Sólo eso.

—Pero… ¿esperar qué cosa, cuánto tiempo…?

—No sé. Una hora, dos, tres…

—Podríamos entrar ahí, Simón. Los dos estamos armados y…

—Y en cuanto intentásemos algo, matarían a la chica. Créame, fotógrafo: todo lo que tenemos que hacer es esperar. Si cuando sea de día no ha ocurrido nada, ya pensaré el modo de intervenir más directamente.

—Pero esperar dos o tres horas…

—O cuatro. Vaya al *jeep*.

* * *

Gordon Molloy volvió a mirar su reloj, se levantó y salió del salón sin dirigir una sola mirada a la maniatada y amordazada Brigitte,

que esperaba tumbada en un sillón, vigilada por los vietnamitas.

De nuevo recurrió Molloy a la radio camuflada.

—Avenida de las Tecas llamando a Than Linh… Cambio.

—¿…?

—Las dos en punto. ¿Tenemos ya una decisión?

—…

—Pero…, ¿ahora? Cambio

—…

—Entiendo. Está bien, salimos para allá. Cambio.

Escondió la radio, regresó al salón, se puso la chaqueta y se plantó delante de Brigitte.

—Nos vamos de viaje, doctora. Desatadle los pies solamente… La boca, bien cerrada… Ya nos dirá todo lo que queramos dentro de muy poco. Ve a sacar el coche, To Sih.

El otro arrancó el esparadrapo que sujetaba los tobillos de la espía, y luego la puso en pie un tanto rudamente, resentido por los golpes recibidos de tan suaves y delicadas manitas.

Molloy estaba junto al interruptor y apagó la luz cuando Brigitte y el vietnamita hubieron salido. Cerró la puerta con llave, se reunió con ellos y caminaron hacia el coche grande y negro que estaba saliendo del garaje, manejado por To Sih, junto al cual se sentó el otro asiático. Molloy y Brigitte ocuparon holgadamente el asiento de atrás. Y aquél, tras subir los cristales arrancó de un tirón el esparadrapo que tapaba la boca de Brigitte, que estuvo a punto de lanzar un alarido. Pero ni entonces ni cuando Molloy le quitó el esparadrapo que sujetaba sus muñecas dijo nada.

—Vamos a cruzar algún que otro lugar comprometedor, doctora Connors, hacia nuestra base, como la llamaría usted, que es una espía. Posiblemente tengamos que detenemos en algún puesto vigilado por marines o tropas vietnamitas. Espero que sea… discreta en esas ocasiones. Yo hablaré, usted sonreirá y todo irá bien… para usted. ¿De acuerdo?

—Seré buena chica. Pero sea usted también bueno y deme un cigarrillo, por favor.

—Está bien… Fume y calle. Eso es todo lo que le conviene hacer. Vámonos, To Sih.

* * *

—Vámonos, Gallager.

El periodista apenas pudo contener un grito de sobresalto al ver aparecer a Simón junto a él, de pronto, y saltar a su lado en el asiento delantero.

—¿Qué… qué…?

—Nos vamos. El coche ha salido de la casa y se está alejando. No podemos perderlo de vista ahora, porque sería difícil encontrarlo en Saigón. Pero si salen de la ciudad, podremos dejarles más ventaja. Vamos, en marcha. Siga recto por esta avenida.

Gallager obedeció, mirando de reojo el aparato que Simón había puesto en funcionamiento. El pippippippip empezó a sonar, cada vez más fuertemente, hasta que Simón le tiró de una manga y gruñó:

—Se trata de seguirlos, no de adelantarlos.

Gallager vio delante de él aquel coche grande y negro, aflojó la marcha y se propuso no perder de vista aquellas dos luces rojas zagueras, pasase lo que pasase.

—¿Ella va en el coche?

—Así lo creo. Y piense en esto, Gallager: si lo perdemos, nada habrá servido de nada.

—No lo perderemos —aseguró el fotógrafo. Simón accionó su radio de bolsillo.

—Óyeme bien, Din Poh. El fotógrafo y yo nos estamos alejando rápidamente de la Avenida de las Tecas. Quedas al mando del grupo. Vigiad la casa, y seguid a toda persona que la visite. Sólo eso. ¿Entendido?

—Entendido, señor.

—Pues hasta la vista.

Guardó la radio, apagó el detector y mantuvo la vista fija en aquel automóvil negro mientras estuvieron cruzando Saigón. Por fin, y tal como había sospechado, dejaron atrás la ciudad, y tomaron la carretera de Bien Hoa.

—Deles más cuerda ahora, Gallager. Tendremos que cruzar algún puesto militar, de modo que servirá su condición de corresponsal con libre pase del Mando Estratégico de Relaciones de la Marina…

—¿Cómo sabe eso? —saltó Gallager.

—No sea bobo, hombre de Dios… —refunfuñó Simón—.

Respecto a mí, puede decir que soy su criado, su ordenanza, un voluntario para el frente… Lo que quiera. Pero no deberemos detenemos por nada. Tengo la impresión de que esos pájaros se disponen a efectuar un vuelo largo.

* * *

Fue un vuelo de ciento cuarenta kilómetros, pasando por Bien Hoa, Tan Uyen, Chua Chan, y desviándose luego francamente hacia el norte, en dirección a Than Linh. Pero no entraron en esta población, sino que tomaron un camino de tierra en pésimas condiciones antes de llegar. Estuvieron recorriendo el camino durante quince minutos, dando saltos de un lado a otro, como si fuesen a caer del *jeep*… Y, de pronto, Simón se dio cuenta de que la señal sonaba cada vez más fuertemente, cada vez con más claridad y rapidez.

—Pare… ¡Pare, Gallager!

El fotógrafo metió el *jeep* en un lado del camino, frenó y paró el motor. En el silencio de la noche, ya casi madrugada, el pippippippip era escandaloso. Simón movió el dial y el aparato quedó en silencio.

—Están muy cerca… Y han detenido el coche. Quédese aquí mientras yo voy a echar un vistazo.

Se apeó de un salto y se deslizó por un lado del camino, entre la espesa vegetación, llevando consigo el detector.

Quince minutos después, completamente desconcertado, se detenía al pie de una elevación rocosa, junto a la cual el detector sonaba con toda su fuerza. Si se alejaba de allí, la fuerza de la detección disminuía… Y si se acercaba, no veía el negro automóvil…

* * *

Brigitte fue llevada a través de pasillos rocosos que, evidentemente, eran naturales. Todavía no había llegado a sentir miedo, pero empezaba a estar realmente preocupada. Su mayor índice de inteligencia consistía en saber que toda inteligencia tiene un límite, y la suya no tenía por qué ser diferente. Unas cuantas ideas, una

pelea en la que sabía que iba a recibir aún más golpes y unas cuantas señales con la luz eléctrica, quizá no fuesen suficiente garantía para ella de que Simón estaría en el momento preciso en el lugar exacto.

Y luego…, aquella entrada en rampa hacia debajo de la formación rocosa, la trampa que ascendía cerrando la entrada, el perfecto ocultamiento del automóvil negro… Cierto que Simón, como casi todos los agentes de la CIA, debía de tener su buena dotación de instrumentos especiales, pero…

Por fin Molloy, los dos vietnamitas y ella misma tuvieron que detenerse ante una sólida puerta de madera, incrustada en uno de los lados de aquel largo pasillo natural. Molloy se acercó a la puerta, sacó la pistola y tocó tres veces seguidas y tres espaciadas.

Segundos después, la puerta se abría, hacia dentro, atraída por un vietnamita alto, hermoso, de expresión inteligente, de mirada directa, escudriñadora.

La miró de arriba abajo, pareció complacido, y preguntó:

—¿Es ella?

—Claro —asintió Molloy.

—Es hermosa… Y parece inteligente. Esta es una faceta que usted no nos comunicó, Molloy.

—Es peligrosa… —masculló el americano—. En cuanto a lo de inteligente es cosa que puede discutirse más despacio.

—Así lo esperamos. Pasen.

Brigitte fue empujada hacia el interior de aquel reducto formado siempre naturalmente en el interior de la elevación rocosa. Enseguida tuvo una exacta composición de lugar… Había dos vietnamitas más allí dentro, ambos sentados tras una mesa de madera carcomida. Al contrario que el primero en recibirla, los dos eran viejos, arrugados, de expresión astuta, casi torva. Sus barbas eran blancas, sus manos huesudas… El par de miradas cayó sobre Brigitte de un modo molesto, como un desagradable, estremecedor contacto físico.

Por toda iluminación, un quinqué.

Los dos vietnamitas que ya conocía Brigitte y Molloy quedaron cerca de la puerta, que fue cerrada por el hombre que los había recibido. Luego éste tomó a Brigitte de un brazo, cortésmente, y la llevó ante los dos viejos.

—Ella es quien dice llamarse doctora Julie Connors. Pero, efectivamente, yo juraría que es una espía… Americana, por supuesto. Hasta que nos diga su nombre y verdadera nacionalidad yo creo que debemos presentamos nosotros. Ellos son —los fue señalando—: Hon Dinh y Than Chau; yo soy Kim Pey… ¿Quién es realmente usted, doctora Connors?

—Julie Connors, doctora en Medicina y Ciencia y espe…

—Oh, sí… Especialista en laboratorios… ¿Tiene algo más que decir?

—No.

Kim Pey miró a los dos viejos vietnamitas, los cuales asintieron con la cabeza y se pusieron en pie, dirigiéndose hacia la puerta. Kim Pey la abrió, tirando de ella con sus fuertes brazos. Era como una torre inexpugnable junto a los dos ancianos, los cuales, obviamente, eran a su vez la inteligencia y la astucia del grupo.

Salieron todos de allí, y Kim Pey cedió la cabeza de la marcha a los dos ancianos. Luego siguió él, llevando a Brigitte de un brazo, siempre suave y cortés. Detrás, Molloy y los dos vietnamitas.

Tuvieron que recorrer otro largo trecho de aquella cueva natural antes de llegar a otra puerta, ante la cual, igual que junto a la de entrada, había dos impenetrables vietnamitas. Uno de los viejos hizo una seña y la puerta fue abierta por un guardián.

Inmediatamente, Brigitte parpadeó, ante aquel torrente de luz, toda ella producida por quinqués que en gran número colgaban de las paredes de otra cavidad que formaba una estancia grande, de techo alto. Fue empujada suavemente hacia adentro, detrás de Than Chau y Hon Dinh.

Y allí, bajo aquella superabundancia de luz, un enorme laboratorio, con sistemas electrónicos a pilas, probetas, retortas, alambiques… En el centro de todo aquello, tres hombres… Lo que quedaba de tres hombres, casi desnudos, marcados sus flacos cuerpos por alargadas señales de latigazos, golpes, quemaduras…

Casi tres fantasmas barbudos y demacrados. Brigitte se estremeció cuando se dio cuenta de que uno de ellos estaba tuerto… Tuerto de un modo brutal, no quirúrgico. Simplemente, uno de sus ojos había sido «arrancado» y se veían los costurones de una tosca cicatriz en su mejilla, en el pómulo, sobre la ceja…

—Entendemos, señorita… o doctora Connors —habló uno de los

ancianos, en perfecto inglés—, que usted estaba buscando en Saigón a estos tres hombres…, alegando que uno de ellos, precisamente el doctor Oscar Riss, es su prometido. Por favor, ¿puede señalarme cuál de ellos es el doctor Riss?

Los tres médicos estaban muy desfigurados por los golpes, por la falta de un ojo uno, por las barbas, por aquella expresión aterrorizada… Pero Baby Montfort había visto las fotos de los tres, y señaló sin vacilar al hombre tuerto.

—Bien… Es evidente, doctora Connors, que usted ha sido… debidamente aleccionada para este trabajo. En efecto, él es el doctor Oscar Riss… ¿La conoce usted, doctor?

—No… No, no… —Tembló la voz del americano tuerto.

—¿No? Por favor… Ella es Julie Connors, su prometida… ¿O no es cierto eso, doctor Riss? Le… sugiero la necesidad de asegurarse bien de sus palabras. Recuerde que su no cooperación es acogida con mucho desagrado por parte nuestra.

—¡No la conozco, no sé quién es, no la he visto nunca! —chilló el tuerto—. ¡Llévensela de aquí, déjenme tranquilo, no he hecho nada, nada, nada…!

Acabó de gritar con un largo trémolo que casi parecía llanto. Los otros dos médicos parecían buscar la protección de un rincón, como si quisieran fundirse con la roca, desaparecer…

—¿Y bien, doctora Connors?

—Está trastornado… —musitó Brigitte—. Ustedes le han torturado, le han golpeado, quemado, le han arrancado un ojo…

—Cierto… Muy cierto, doctora. Sin embargo, sabemos positivamente que el doctor Riss sabe hacer perfecto uso de su único ojo… Lo ha estado demostrando muy bien… ¿No es cierto, doctor Riss?

—No la conozco… No la he visto nunca… ¡Nunca! ¡Váyanse todos de aquí!

—Tranquilo, doctor Riss… Usted tiene su trabajo; lo demás, ya lo sabe, no importa demasiado… No importa nada. Es que… la señorita Connors pretendía engañarnos, y hemos querido asegurarnos de que usted no la conocía. Ello prueba que la señorita Connors es… algo muy diferente a doctora especialista en laboratorio. Lamentable, en verdad, ya que si fuese cierto, tendrían ustedes una… gentil colaboradora. Pero temo que la señorita

Connors va a vivir ya muy poco tiempo. Claro que antes de morir perderá… una muy buena parte de su belleza. ¿Nos vamos, señorita Connors?

—¿Qué… qué es lo… lo que quieren… saber?

Los dos viejos se miraron y luego miraron al joven, que se adelantó amablemente hacia ella.

—Nosotros estamos en una posición un tanto… delicada, debido a nuestra actividad, señorita Connors. Está claro que el peligro es algo constante, que nos tiene… siempre en guardia. Una de las mejores maneras de contrarrestar ese peligro consiste en saber exactamente qué es lo que ocurre a nuestro alrededor relacionado con nosotros.

—Pero ¿quiénes… quiénes son ustedes, qué quieren, qué es lo que están haciendo…?

—Nosotros queremos ser quienes pregunten, señorita Connors. Y le sugiero amistosamente que conteste… a las buenas. ¿Quién es usted en realidad, cómo se llama, para quién trabaja…?

—Me llamo… me llamo Brigitte Montfort, periodista de profesión, pero… pero trabajo para la CIA.

—Eso es más que verosímil. ¿Qué más?

Brigitte miró hacia los tres médicos americanos, muy asustada.

—No… no diré nada más aquí… ¡No puedo estar aquí más tiempo, no puedo, no quiero…!

—Cálmese… La comprendemos, señorita… Montfort. Dejaremos a los caballeros con su trabajo, y nosotros…

—¿Cuál… cuál es su trabajo…?

—Salgamos de aquí. Opino que en un ambiente menos… deprimente que éste podremos entendernos mejor. Regresaremos a nuestra sala de reuniones de urgencia. Está menos iluminado, pero es más tranquilizador. Sigan con su trabajo, señores.

Los tres médicos americanos se abalanzaron hacia los diversos aparatos, casi frenéticamente, como si aquello fuese su única vida…, o el único medio de evitar la muerte que estaba en todo momento encima de ellos, esperándolos…

La puerta fue abierta, y todos abandonaron el laboratorio, excepto los tres médicos. Regresaron por el pasillo, hacia la llamada sala de reuniones de urgencia.

El Vietnamita alto y hermoso abrió la puerta, los dos viejos

pasaron… Brigitte quedó como clavada en el umbral, mirando de reojo a Molloy.

—No quiero…, no quiero que él esté delante. Es una… una bestia. Lo confesaré todo, pero… a solas.

Capítulo VII

Gordon Molloy frunció el ceño y pareció dispuesto a decir algo; pero una perentoria seña de Kim Pey le hizo comprender claramente lo que debía hacer, de modo que se retiró por el pasillo en compañía de sus dos ayudantes directos.

Los dos viejos habían entrado ya, y Kim Pey señaló hacia el interior de la sala de reuniones urgentes. Brigitte entró, los dos viejos se sentaron y Kim Pey cerró la puerta, cruzó los brazos y la miró con aquella oriental amabilidad que Brigitte sabía falsa, mortal.

—¿Y bien, señorita Montfort?

—Yo… fui enviada aquí por la CIA para encontrar a los tres médicos desaparecidos; nos llamó la atención el hecho de que los tres fuesen laboratoristas…

—¿Qué pensaron sobre ello?

—Pues… Nada concreto. ¿Qué podíamos pensar? Habían desaparecido y eso era todo.

—¿Compete a la CIA intervenir en estos… asuntos?

—La CIA interviene en todo lo que quiere, señor.

—Oh… Pero, a lo que entiendo, no tienen una idea precisa sobre lo que estamos haciendo.

—No.

—Estupendo… Nos vamos entendiendo, señorita Montfort…

—La CIA no sabe nada, pero yo tengo ojos.

—¿De veras? ¿Y… qué le han dicho sus ojos?

—He visto cajas de medicamentos de Estados Unidos en el laboratorio donde están esos tres desdichados.

—¿Está segura?

—Sé leer, Kim Pey. Y en las cajas, aparte de la indicación de que eran suministros sanitarios, se lee bien clara la inscripción MADE IN USA.

—No haga demasiado caso de las inscripciones, por favor… Son falsas… algunas veces.

—No en esta ocasión. ¿Cómo han conseguido ustedes esos medicamentos americanos?

—Pues… con un poco de… astucia, diría yo.

—Creo que no vamos a entendernos, Kim Pey. Voy a recordarle que yo también puedo ser astuta. No diré nada si no se me va contestando adecuadamente. A fin de cuentas, es poco probable que yo salga viva de aquí, ¿no es cierto?

—Muy poco probable, en efecto. Espero que nos disculpe, pero…

—¿Quién les proporciona esos medicamentos?

—Alguien. ¿Quién la llevó hasta Ky Tiang y Chuyen Du?

—Alguien.

Kim Pey frunció el ceño.

—Parece que, en verdad, no vamos a entendernos, señorita Montfort. Lo cual me parece muy lamentable… por usted, claro. Creo que voy a tener que… lastimarla.

—No se acerque… —musitó Brigitte—. No se acerque o… o… Kim Pey no le hizo el menor caso.

A pesar de que conservaba su actitud cortés; adelantó hacia la espía y sonrió cuando ésta se quitó un zapato y la blandió ante ella, en actitud defensiva.

—No sea infantil, señorita Montfort… Ésa es un arma poco temible. Quiero insistir otra vez en que sería conveniente que usted colaborase a las buenas. Comprenda nuestra posición: tenemos que vivir un tanto… sobresaltados, y sus informes pueden advertimos respecto a si continuamos adelante con el negocio o desaparecemos. Voy a sentir mucho tener que romperle un hueso, pero…

Lanzó una de sus grandes manos hacia Brigitte, aferrando la muñeca correspondiente a la mano en la cual Baby sostenía el zapatito… Y justo en el momento en que Kim Pey la atraía hacia él bruscamente, la otra mano de Brigitte tiró del tacón del zapato, que se desprendió, y en uno de los lados quedó, vibrando, la fina aguja de acero que había estado encajada en un lado de la suela.

Kim Pey abrió la boca, sobresaltado, asustado, sorprendido… Eso fue todo. La fina aguja de acero, manejada fría, serenamente, por la espía internacional, se clavó en su pecho y llegó hasta el

corazón… Entonces, Kim Pey cayó al suelo, muerto instantáneamente, perdida del todo su gallardía, su sonrisa cortés, su hermosura de perfecto ejemplar humano asiático.

Los dos viejos apenas tuvieron tiempo de reaccionar. La sorpresa es siempre un factor muy importante y Brigitte sabía muy bien cómo aprovecharla. Todavía estaba Hon Dinh empezando a ponerse en pie cuando la fina aguja de acero atravesó su garganta, saliendo por la nuca, formando un estrechísimo agujero por el que escapó en menos de un segundo la vida del viejo vietnamita, que cayó hacia atrás y quedó cara al techo de piedra, abiertos los ojos, emitiendo un último ronquido de espanto y agonía.

Than Chau se encontró con aquella aguja tocando la arrugada piel de su garganta. Y ante él, aquel hermoso rostro de ojos azules que parecían como… como congelados.

—Quieto, viejo cerdo… —susurró lentamente Baby—. Todavía puede vivir unos segundos más, si quiere.

—No… No me mate… Espere…

—Esperaré… si vale la pena. Creo que las cosas han cambiado un poco, Than Chau. Mientras ese traidor de Molloy espera afuera, usted y yo, ya solos, podemos charlar… amistosamente. ¿No es ésa su técnica, cerdo?

—Espere, espere…

—No sé si valdrá la pena… Aunque quizá decida conservarlo vivo si es comunicativo, Than Chau. Sí… Quizá podríamos hacer un arreglo. Los tribunales americanos no son siempre mortales. Puedo conservarlo vivo, enviarlo a Estados Unidos para ser juzgado… Con un mínimo de suerte, todavía puede vivir una docena de años… en una de nuestras cárceles federales, naturalmente.

—Dígame… dígame lo que tengo… que hacer… ¡Lo haré, lo haré…!

—Estimable colaboración la suya. ¿Raptaron a los tres médicos americanos valiéndose de aquellas muchachas llamadas Chuyen Du y Ky Tiang?

—Sí… Sí, sí… Ellas salían con los médicos americanos, los llevaron a donde les indicamos y…

—Imagino el resto. ¿Para qué quieren a esos hombres?

—Para que fabriquen medicamentos…

—¿Fabricar medicamentos? ¿No es eso una tontería, teniendo en

cuenta que ya tienen traidores que les proporcionan medicamentos auténticamente americanos?

—Esos… esos medicamentos los… los vendemos… al Vietcong.

—Magnífica idea comercial, Than Chau. Ustedes tienen gente que roba en las enfermerías americanas, venden esos medicamentos a los norvietnamitas y ganan dinero. Pero, insisto: ¿qué pintan aquí, entonces, esos tres médicos americanos?

—Ellos… ellos fabrican medicamentos para… para los americanos… No, no… No son para los americanos, sino para los vietnamitas, para los… los del Sur…

Brigitte frunció el ceño amenazadoramente. De pronto quitó la punta de aquella mortífera aguja de la garganta del viejo, puso la otra mano en su nuca, y apretó fuertemente, incrustando la cara de Than Chau contra la mesa. Entonces colocó punta de la aguja en un oído y su bello rostro se colocó junto al arrugado del vietnamita.

—Than Cnau —espetó—: tiene cinco segundos para contármelo todo, o para no contar nunca nada más. Empiezan a contar ahora. Un segundo, dos segundos, tres segundos, cuat…

—Vendemos… vendemos las medicinas a los del Norte. Luego ellos nos devuelven las cajas, los frascos, los precintos… Todo en perfecto estado. Las medicinas han sido aprovechadas en beneficio del Vietcong…

—Pero usted, seguramente, pasa en su vida pública por un ferviente partidario del Vietnam del Sur, ¿no es así, Than Chau?

—Sí…

—Pues en mi tierra, y en todo el mundo, a los tipos como usted, sean viejos o jóvenes, se les llama malditos cerdos traidores. Los americanos les estamos ayudando a ustedes, y usted nos roba las medicinas y las vende al enemigo… ¿Qué más pasa luego?

—Nos devuelven las cajas, los precintos, los frascos… Nosotros tenemos a tres laboratoristas americanos y ellos… ellos producen medicinas parecidas a las que indican las etiquetas de los frascos. Llenamos los frascos, los metemos en las cajas de madera y… y los devolvemos a nuestros enlaces, que están encargados de llevar esos medicamentos a las tropas survietnamitas… A las americanas, no… ¡A las americanas, no!

—Me parece entender que yo me sentiría muy molesta si esas medicinas fuesen a parar a las tropas americanas, Than Chau… ¿Por

qué?

—Es que… esas medicinas han sido… fabricadas por los tres médicos americanos bajo… bajo nuestras órdenes. Y todas ellas contienen… contienen elementos venenosos…

Brigitte Montfort palideció tan intensamente que pareció a punto de desmayarse.

—No puedo… creer esa… monstruosidad, Than Chau. Ustedes roban medicinas americanas, las venden al Vietcong, recuperan los frascos y las cajas con la inscripción MADE IN USA, y dan por terminado un negocio, unos ingresos. Pero, como no lo consideran suficiente, han ideado otra cosa: rellenan los frascos de auténticas medicinas americanas con un producto parecido, pero de efectos mortales, y los entregan a sus amigos traidores, los cuales dejan las cajas de nuevo en su sitio, para que no se note el robo. Posteriormente, esas cajas son enviadas a las tropas vietnamitas de los destacamentos avanzados, donde siempre hay heridos que las precisan. Y entonces, cuando les son aplicadas esas medicinas americanas, mueren. Supongo que eso estará creando el pánico interior en las tropas del país, una especie de… odio, de resentimiento, hacia todo producto que lleve la inscripción MADE IN USA Y supongo también que ustedes están cobrando alguna cantidad por cada caja venenosa que colocan en las tropas.

—Sí… Sí, así es… Ahora lléveme a un tribunal americano, para que me juzguen…

—¿Se da cuenta, Than Chau, de que está traicionando no sólo a los Estados Unidos, sino a su propia patria, a Vietnam del Sur?

—No… no hay dos Vietnam… Sólo uno. Y puesto que tanto de una parte como de otra tienen que morir muchos…

—Claro… usted ha pensado que no importan unos pocos más mientras usted se convierte en millonario. Magnífica labor la suya, Than Chau. Dígame los nombres de los traidores que le proporcionan las auténticas medicinas MADE IN USA y que luego colocan en su lugar las aduleradas.

—No… no sé los nombres…

—¡Los sabe!

—No… ¡Pero sé que tienen que venir hacia aquí esta madrugada! ¡Traerán cinco cajas de medicamentos, ése fue el último trato!

—¿Saben ellos cómo entrar aquí?

—Sí… Pero siempre salen a recibirlos mis hombres…

—¿Cuántos son, en total?

—Cinco… Dos en la entrada, uno en el túnel, dos cerca del laboraorio…

—Abra esa puerta… —señaló Brigitte la de la sala de reuniones urgentes—. Y hágale señas a Gordon Molloy de que entre él solo. Voy a estar detrás de usted y estaré viendo el rostro de Molloy. Si no me gusta la expresión que vea, le clavaré esto en la nuca. Póngase en pie y dígale a Molloy que entre… Por señas. No quiero temblores en su voz.

Lo alzó por la ropa del cuello y lo tiró hacia la puerta. El viejo Than Chau quedó pegado a ella, jadeando, pero cuando la fina aguja de acero se clavó en su espalda, a la altura del corazón, pareció recuperar todo su dominio, abrió la puerta y Brigitte estuvo contemplando la impasibilidad de su rostro mientras hacía señas a alguien. Casi enseguida, Gordon Molloy apareció en el recinto. Entró decididamente, vio a los dos vietnamitas muertos en el suelo, se volvió… y recibió en pleno estómago el feroz pinchazo, hasta lo más hondo. Palideció instantáneamente, abrió la boca, la cerró… Cayó de rodillas, abrió otra vez la boca… y ahora el pinchazo lo recibió en plena garganta, tan fuertemente que lo derribó de espaldas, con las piernas como rotas bajo el peso del cuerpo.

Than Chau lanzó un alarido de espanto, y quiso escapar aprovechando que la puerta estaba abierta. Pero la delicada figura de Baby Montfort, marcado el rostro por los golpes de Molloy, apareció ante él como en un juego mágico… Y una bofetada terrorífica lo envió rodando hacia el fondo de la sala de reuniones urgentes.

Baby Montfort se inclinó rápidamente, para recoger el maletín que había escapado de la mano de Gordon Molloy. Sacó la pistola de cachas de madreperla, se volvió hacia la puerta y sonrió como una fiera despectiva al ver aparecer allí, como tontos de capirote a los dos vietnamitas que habían estado secundando a Gordon Molloy.

Disparó sólo dos veces, pero con aquella frialdad que sentía a veces, que la convertía en una máquina implacable, insensible, deseosa de exterminación de productos malos, de traidores, de

asesinos, de gente que sólo servía para empeorar un mundo ya malo de por sí…

La primera bala fue para To Sih, que la recibió justo en el entrecejo, y tuvo efectos fulminantes, mortales al instante. Giró, dio de cara contra el otro vietnamita, que acababa de recibir su balazo, y los dos rodaron por el suelo como abrazados.

Than Chau quiso aprovechar aquella nueva ocasión de escapar de aquella fiera de ojos azules, pero recibió un pinchazo en un costado que le quitó sus escasas fuerzas, y cuando vino a darse cuenta, uno de los pies de Brigitte, precisamente el descalzo, cayó sobre su boca y aplastó su cabeza, de nuca contra el suelo.

—Quieto, viejo cerdo…

El pie se alzó…, para caer como un émbolo contra la garganta de Than Chau, que perdió el conocimiento en el acto. Afuera, se oían pisadas veloces, precipitadas…

Brigitte se asomó, fríamente, congelada su expresión, como siempre que ella misma decidía quiénes eran los monstruos que debían vivir y quiénes los que debían morir… Vio llegar corriendo al guardián del centro del pasadizo, y justo cuando el hombre la veía a ella y pretendía frenar su marcha en busca de una protección desde la cual disparar su metralleta, la pistolita de Baby Montfort escupió certeramente un pedacito de plomo… El hombre lo recibió en la frente, pareció tropezar consigo mismo, salió disparado cuan largo era, resbalando por el suelo…, y la metralleta llegó poco menos que a las mismísimas manos de la mortal espía americana.

Ésta recogió el arma y echó a correr pasillo adelante. Llegó ante la puerta del laboratorio en menos de quince segundos, y se quedó apuntando a los dos sorprendidos vietnamitas encargados de vigilarla.

—Abrid… —dijo en francés—. ¡Ahora!

Los dos hombres fueron hacia la puerta, presurosamente. Pero uno de ellos sólo pretendía engañar a la espía internacional nunca vencida. Se colocó junto a la puerta, se volvió alzando la pistola… y una rociada de balas pareció clavarlo contra la madera, que saltó en diminutas astillas por varios puntos.

—¡Abre! —le gritó al otro.

El vietnamita, temblando, abrió la puerta. Había dejado caer la pistola y se apartó de allí, temblando tanto que casi resultaba difícil

alcanzarle con una bala… Pero Baby Montfort no tenía una bala, sino muchas…, y la ráfaga pareció clavar al hombre contra la pared de roca, donde rebotó, para caer de bruces contra el duro suelo.

La divina espía apareció en la puerta del laboratorio; vio a los tres médicos americanos en un rincón, encogidos, mirando aterrados hacia allí, y, de pronto, sonrió angelicalmente.

—Afuera, chicos: esto ha terminado. ¡Vamos! ¿Es que no quieren volver a casa?

Los tres hombres parecieron encogerse más.

Brigitte bajó la metralleta, suspiró y alzó los hermosos ojos hacia donde se suponía que estaba el cielo.

—Muchachos, esto no es una broma: supongo que alguien los espera en Estados Unidos. Allí hay buena carne, jugo de tomate y muchos pasteles para engordar… Y maldita sea la mujer que deja de querer a un hombre porque le hayan arrancado un ojo… ¿Adelante, compañeros?

Oscar Riss, el que había sido convertido en tuerto, fue precisamente el primero en adelantarse. Primero un poco vacilante, luego casi corriendo. Se detuvo junto a Brigitte, temblando de alegría y de odio a la vez.

—¡Nos torturaron hasta…!

—No hay tiempo para hablar, doctor Riss. Sé muy bien lo que es todo esto. Ahora, vengan conmigo. Y no se separen de mí, pase lo que pase. Pero recojan todas las armas que vayan viendo a su paso.

Regresaron a toda prisa a la sala de reuniones de urgencia… Brigitte iba muy alerta, temiendo la aparición de los dos hombres que faltaban en la cuenta, los encargados de abrir la entrada a aquella cueva natural tan bien aprovechada. Pero no aparecieron, y llegó sin novedad adonde Than Chau yacía en el suelo, gimiendo. Sin hacerle el menor caso, fue hacia donde había dejado su maletín tras coger la pistola y sacó la pequeña radio de bolsillo, que estaba emitiendo la señal de llamada. Apenas abrir el contacto, oyó la voz de Simón, casi irritada:

—¡Baby! ¿Está bien?

—Regular, Simón. ¿Dónde está usted ahora exactamente?

—Pues estaba con Gallager, estudiando este maldito monte de rocas, cuando se ha abierto la pared, como en el cuento de «Alí Babá y los Cuarenta Ladrones», y han salido dos tipos corriendo…

—¿Los tiene?

—¡Claro!

—Pertenecen a la peor especie humana: los traidores a su propia raza, a su propio pueblo, a su propia patria… ¿Está expedita la salida?

—Sí, sí…

—Salgo dentro de un par de minutos…

Cerró la radio, se colgó el maletín de un bracito y alzó a Than Chau del suelo.

—Muy bien, viejo cerdo… Ahora vamos a ir a esperar a esos amigos que roban medicamentos Made in USA. ¡Andando! ¡Y no llore más!

Capítulo VIII

Than Chau quedó paralizado de espanto cuando vio a los dos hombres muertos. Un coolie gigantesco, de cabeza rapada y manos grandes estaba junto a ellos, y a su lado había un americano muy pálido, desencajado el rostro, casi temblorosa la barbilla, en la que se veía una barba pequeña, bien recortada…

—¿Quién es éste, Baby?

—Uno de los tíos listos que están envenenando a las tropas survietnamitas heridas y robando medicamentos Made in USA a las nuestras, o a quienes nosotros se los regalamos. ¿No es cierto, Than Chau?

—Quiero… quiero un… un… un tribunal americano…

—Seguro, viejo cerdo. Tendrá un tribunal americano… Un tribunal Made in USA: yo se lo prometo.

—¿Qué sabemos, exactamente? —masculló Simón.

Brigitte se lo contó rápidamente, casi sonriendo a medida que aquella fría expresión implacable iba apareciendo en el rostro del americano disfrazado de coolie vietnamita.

—¡Los muy…! —exclamó Simón, cuando lo hubo oído todo—. ¡Están envenenando a sus propios compatriotas con medicamentos que llevan el marchamo de MADE IN USA!

—Y vendiendo las auténticas medicinas a los del Vietcong… Un negocio por partida doble, Simón… ¿Cómo está, Gallager?

—Bibien… Creo que… que bien…

—Lo celebro… Usted es fotógrafo, ¿no?

—Sí… Sí, claro…

—Pues tome fotos de todo esto. Vaya a la cueva esa, tome las fotos que quiera, y vuelva. Todavía nos queda algo por hacer… ¡Vaya a tomar las fotos le digo! ¿O no lleva cámara, señor fotógrafo?

—Sí… Sí, sí, la… la llevo… Pero Simón dijo…

—Haga lo que ella le dice —gruñó Simón—. Pero no se entretenga demasiado.

Steve Gallager echó a correr hacia la cueva, tras tomar tres rapidísimas fotos de los tres médicos americanos, que casi sonreían mirando hacia el cielo que empezaba a teñirse del color rosado del amanecer. Allí, en aquel lugar, amanecía tan rápidamente que apenas podía uno darse cuenta de que acababa la noche y empezaba el día.

—¿Qué hacemos con éste? —preguntó Simón, señalando al herido Than Chau.

—Él quiere un tribunal americano… y lo tendrá, se lo he prometido. A menos que no quiera contestar a mis preguntas… ¿Qué dice a eso, Than Chau?

—Diré… Lo diré todo… ¡Todo!

—Queda poca cosa por decir… ¿Dónde tienen que entregar los medicamentos esos traidores que están esperando este amanecer?

—Aquí… Muy cerca de aquí… Estamos…

—Llévenos allá.

Than Chau empezó a caminar. Apenas recorrieron quinientos metros. El viejo vietnamita se detuvo y señaló el pequeño claro en la espesura.

—Ellos llegan aquí, les pagamos y se van… Dos días después, vienen a recoger los… los medicamentos… adulterados…

—Okay, Than Chau. Ahora, el último detalle: ¿cómo, a quién y cuándo entregan ustedes los medicamentos auténticos?

Than Chau señaló hacia un abultado grupo de matas.

—Debajo… hay una avioneta. Lanzamos las cajas con paracaídas, envueltas en lonas… Todo está ahí.

—¿Dónde las dejan caer?

—En la bahía de Phan Ri, cuando aparece el submarino.

—¿Qué submarino?

—Uno pintado de negro absoluto, que… que no lleva bandera… Se llevan los medicamentos y dos días después un avión deja caer los frascos vacíos y las cajas encima de nosotros, aquí mismo, volando muy bajo.

—Admirable organización, Than Chau. ¿Es todo?

—Sí… Sí, es todo…

—Bien. Entonces, ha llegado el momento de ser juzgado por un

tribunal Made in USA, ¿no le parece?

—¡Sí, un tribunal, un tribunal americano!

—Pues aquí lo tiene, delante de usted —sonrió la implacable espía—… Y no me negará que es un tribunal Made in USA.

Plop.

La diminuta pero mortífera bala acertó a Than Chau en el centro de la frente. El tribunal había dado su veredicto.

* * *

El *jeep*, de fabricación norteamericana, se detuvo en el borde del claro, y un oficial vietnamita saltó inmediatamente al suelo, seguido del chófer del vehículo y otros dos soldados. Hacía ya más de una hora que había amanecido, y se oían en la quieta mañana los graznidos de los pajarracos multicolores, como una carraca monótona, sin fin…

Muy altos, en el cielo, se veían las sombras extendidas de unos enormes buitres de la jungla.

El oficial vietnamita se colocó en el centro del claro, con los tres soldados a su espalda. Colocó las manos junto a la boca y emitió uno de aquellos graznidos, con tono especial, diferente… Lo repitió diez segúndos después, y luego señaló a sus hombres las cajas con la inscripción MADE IN USA que se veían en el *jeep*, sólidamente sujetas por cuerdas.

—No se moleste, capitán… Nosotros nos haremos cargo de las cajas.

El oficial vietnamita se volvió velozmente, llevando la mano a su pistola, también de factura americana. Los soldados quisieron volverse a su vez, pero la ráfaga de metralleta los alcanzó a todos por igual, zarandeándolos brutalmente, casi alzándolos del suelo para luego revolcarlos sobre las hojas secas, que formaban como un mullido colchón amarillento, marrón, verdoso…

Tras la larga ráfaga hubo unos segundos de silencio en la jungla… Luego, impertérritos, los pajarracos reanudaron su chirriante canto.

Simón fue volviendo cara al cielo los cadáveres, uno a uno.

Miró a Brigitte, alzó la mano derecha, y con los dedos índice y pulgar formó el signo del okay… Todo perfecto. La CIA estaba

terminando, a su implacable modo, un trabajo, rigiéndose por sus propias reglas resolutivas.

Luego, Simón se llevó dos dedos a la boca y lanzó un largo silbido, que se truncó de pronto para volver a ascender enseguida. Y medio minuto después, Steve Gallager aparecía en el claro. Miró los cadáveres de los traidores, tragó saliva y se quedó mirando a Brigitte, que le sonrió amablemente.

—¿Todo listo, señor fotógrafo?

—Sí… Sí, sí, todo listo… todo listo…

—Okay. Supongo que sabrá conducir el Chrysler hasta Saigón.

—Claro… Claro que sí, doctora…

—Magnífico. No es usted demasiado listo ni valiente, Gallager, pero es decidido y voluntarioso. En general, me cae simpático. Por lo tanto, si alguna vez está en un apuro, escriba a la CIA. La dirección exacta será: «Baby, CIA, Langley, Washington»… Yo recibiré la carta. ¿Alguna pregunta?

—No… Creo que no.

—Entonces, lleve a esos tres hombres a Saigón. Buen viaje…, señor fotógrafo.

Gallager aceptó aquella preciosa manita que se le tendía, volvió a tragar saliva y señaló hacia donde había quedado su *jeep*.

—Mi *jeep*…

—Simón lo dejará en un lugar conveniente, con las cajas de medicamentos. Oportunamente, la CIA informará a la Marina sobre todo el asunto, y los medicamentos que se presuma pueden ser los anteriormente adulterados, serán retirados. Recuperará su *jeep*, no se preocupe. Adiós, Gallager.

—Ellos… ellos tres querrían verla y agradecerle…

—Si hay algo que me fastidie son las palabras de agradecimiento. Buen viaje a todos y… hasta la vista… ¿Quién sabe, señor fotógrafo?

Steve Gallager se alejó.

Poco después se oía el motor del Chrysler perdiéndose en la distancia.

Simón se acercó a Brigitte y le puso una mano en un hombro, mirándola con afecto y simpatía, agradable incluso con su aspecto de auténtico coolie vietnamita.

—Bueno, Baby, esto se está terminando… ¿Puedo decirle que

jamás trabajé tan a gusto y que…? Brigitte besó a Simón, sonrió y palmeó una de aquellas grandes manos.

—Buena suerte, Simón. Para siempre.

—Lo mismo digo. Y… Emmm… Bueno, yo sé pilotar un avión…

—Yo también.

—Sí, claro… Bueno, esos explosivos improvisados por nosotros quizá no ofrezcan mucha seguridad…

—La suficiente.

—Sí, claro… Bueno, quizá su capacidad de expansión no…

—Oh, vamos, Simón…: ¿está temiendo por mi vida? El gesto del espía se tornó repentinamente hosco.

—Vayase al demonio… Y… que todo salga bien, Baby.

—Saldrá —rió Brigitte—. A usted le toca llevar esos medicamentos a su verdadero destino. A mí, enviarles a esos hombres del submarino un paquetito MADE IN USA. Es todo, Simón.

—Pues adiós —mascculló el rapado espía; se alejó unos pasos, se volvió, y tiró un beso a Brigitte con los dedos—. Siempre la recordaré, Baby.

—Y yo a usted. Y si necesita algo…

—Ya sé, ya sé —rió Simón—. Carta dirigida a: Baby, CIA, Langley, Washington… Lo sé de memoria hace años. Hasta siempre, Baby.

—Hasta siempre, Simón.

Brigitte Baby Montfort quedó sola en la jungla. Oyó el seco ronquido del motor del *jeep*, que, como antes el Chrysler, se fue perdiendo a lo lejos.

Cuando supo que estaba completamente sola, miró hacia la avioneta, ya casi completamente desprovista de su camuflaje. Bien…, sólo quedaba la última parte…

* * *

Vio el submarino pintado de negro absoluto emergiendo aguas adentro de la bahía Phan Ri, y dio un par de vueltas en su torno, muy cerca de la superficie del mar. Algunos hombres aparecieron en la cubierta, y uno de ellos empezó a agitar una bandera roja, pequeña, con señales que no pudo entender…

Pero no importaba.

Ellos, quienesquiera que fuesen, estaban esperando aquellas cajas, y ella tenía que enviárselas con paracaídas. Dio otra vuelta en el aire, y cuando pasaba por encima del submarino abrió la trampilla, por la que empezaron a caer las cajas en cuyos lados se veía escrita la inscripción MADE IN USA.

Las cinco fueron descendiendo suavemente hacia el agua cuando ya un bote hinchable con motor fuera borda había sido dispuesto en el agua, y cuatro hombres lo tripulaban hacia el primero de los fardos envueltos en lona americana…

En la cubierta del submarino, el hombre de la banderita roja continuaba haciendo señales, pero Brigitte no le hacía ya el menor caso. Continuaba sobrevolando el submarino, mirando la recogida de los fardos.

En menos de cinco minutos estuvieron todos en el bote hinchable, y tan sólo tres minutos después no quedaba nadie en la cubierta del submarino, en cuyo interior fueron colocados los cinco fardos.

Dos minutos después, del submarino sólo se veía el periscopio, sumergiéndose rápidamente. Y apenas quince segundos más tarde ni siquiera eso. Las aguas se cerraron sobre la no identificada embarcación, y el mar, en aquella parte, quedó limpio, solitario, negro, azul, verde…

Pero Baby Montfort no se alejó demasiado de allí. Sólo hacia donde calculaba que navegaría el submarino, es decir, hacia el norte…

Y, de pronto, el mar se abrió en un volcán de blanca espuma salpicada de rojo y negro. La columna de agua alcanzó casi los cincuenta metros, vertical, blanca y verde, blanca y roja… Un estampido sordo llegó a oídos de Brigitte Montfort, que permaneció con la vista fija en aquel punto del mar que había reventado en espuma…

Ni siquiera diez segundos después, el casco de un submarino negro aparecía en la superficie… Hubo otra explosión, ahora roja y negra…, y el casco empezó a hundirse, a hundirse, a hundirse…

Por fin, el mar quedó completamente en calma.

—Bien —sonrió tristemente Brigitte—. No es la carga que vosotros estabais esperando…, y esta vez no podréis devolver los

frascos vacíos… Pero no me negaréis que, al menos, es una auténtica carga Made in USA.

Este es el final

Miky Grogan, tras entrar como enloquecido en el lujoso apartamento de la Quinta Avenida neoyorquina, tiró el periódico rival en el regazo de Brigitte Montfort, bruscamente, gritando:

—¡Ha estado usted en Asia sin mi permiso…! ¡Ha vuelto cuatro días más tarde de la fecha que me señaló…! ¡Y encima permite que otro periodista, un… un desgraciado cualquiera, le quite la gran noticia de entre las manos…! ¿Quién es ese Steve Gallager, vamos a ver? ¿Eh? ¿Quién es ese… ese fantoche que jamás publicó nada bueno? ¡Hasta el más incompetente de los fotógrafos reporteros le ha quitado a usted una noticia que seguramente tuvo al alcance de su nariz…! ¡Pero no…, claro que no! Usted no tenía por qué ir a Saigón, sino que era mucho mejor pasarse los días tumbada en una playa de Honolulú, tan ricamente, dorándose al sol, tomando daiquiris y jugos de piña… ¡Está despedida! ¡Despedida definitivamente!

Brigitte se quitó los deditos de las orejitas, sonrió y saludó melosamente:

—Hola, jefe.

—¡No soy su jefe! ¡Acabo de despedirla para toda la vida…! ¡Y he tenido que enterarme por mis propios medios de que estaba usted ya en Nueva York! ¡Despedida! ¿Me oye? ¡DESPEDIDA!

—Pero… ¿por qué?

El rostro de Miky Grogan enrojeció como si fuese a estallar de un momento a otro. Señaló el periódico que había traído con dedo tembloroso.

—Ese Steve Gallager, un desconocido, un don nadie en el mundo del periodismo, quitándole a mi reportera estrella una sensacional noticia de robo de medicamentos americanos y envenenamiento de…

—Ah, sí… He leído algo sobre eso.

—¡Ha leído algo! —aulló Grogan—. ¡Debió escribirlo!

—Pero jefe, hay que dar oportunidad a otros… Además, este muchacho tiene mucho que aprender… Yo no estoy de acuerdo con él…

—¿Ah, no? ¿En qué no está de acuerdo? ¡Es un buen reportaje, con fotografías, con datos exactos…! ¿Se da cuenta de que otros trabajan mientras usted está tumbada al sol…?

—Así es la vida. Pero no me gusta este título —bostezó la divina espía—. «Contrabando perverso en Vietnam»… ¡Qué título tan… tan tonto y carente de imaginación, jefe!

—¿Ah, sí?

—Claro.

—Vaya, vaya, vaya… Aquí tenemos a la bella Brigitte Montfort, en su lujoso apartamento en la Quinta Avenida…, que pago yo; con sus deshabillés francesas…, que pago yo; con su bonito color tostado de piel adquirido en sus vacaciones en Honolulú…, que pago yo; con sus abriguitos de vicuña, de visón, de marta…, ¡que pago yo! ¡Todo lo pago yo! ¡Y cuando sale algo bueno en la prensa, lo ha escrito un… un tipo cualquiera, no Brigitte Montfort! Ah… Pero eso sí: el título es muy malo… ¿Verdad?

—Yo creo que sí —sonrió Brigitte.

—Vaya, vaya… Usted le habría puesto un título mejor, ¿no es así, querida?

—Sin duda, jefe.

—Muy bien… ¿Qué título?

Brigitte bostezó encantadoramente.

Luego sonrió, encendió un cigarrillo, miró como una niña presumida y mimada a Miky Grogan, y dijo:

—Naturalmente, el título que yo le habría puesto no admite discusiones: Made in USA. ¿Una copa de Dom Perignon con guinda, jefe?

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada Objeto 777. <<